

ROBERTO J. PAYRÓ



SCRIPTA

En pos de la desdicha
El palacio de Lopez—El vino
La cuna protectora—La pipa
Primavera—Celos—Clelia—Cosas de otros
tiempos—Napoleón—Eva—La fea—El juramento
La lluvia—El sacerdote suicida
Antes que te cases.....
Carmen.



Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Pesser

BUENOS AIRES	LA PLATA
San Martín, 96, 98 y 100	B. Independencia, esq. 55

1887

INDICE

En pos de la desdicha.	1
El palacio de Lopez	23
El vino.....	41
La cuna protectora.....	71
La pipa.....	77
Primavera.....	95
Celos.....	111
Clelia	131
Cosas de otros tiempos.....	149
Napoleon.....	163
Eva.....	177
La fea	185
El Juramento.....	191
La lluvia.....	201
El sacerdote suicida.....	207
Antes que te cases.....	219
Cármén.....	285



EN POS DE LA DESDICHA





I

Mi vida, me dijo continuando, ha sido siempre un día sin sol, un día largo y triste, de aquellos en que uno piensa en lo que hace sufrir más... Me ha faltado la luz del amor que todo lo ilumina. He tenido pasiones pasajeras, hambres de placer, pero mi corazón ha permanecido vacío, enteramente vacío. No he experimentado una sola conmoción y me muero de aburrimiento. Rico, joven, tengo todas las puertas abiertas: mi ruego humilde es una orden, mi deseo más oculto un

mandato en seguida cumplido. Tengo amigos que llevan su abnegación hasta los extremos; una familia que se desvive por complacerme; criados que me servirían por solo estar junto á mí; queridas que se disputan mis favores... Y no creas que lo digo por vanagloriarme; al contrario: eso es lo que me fastidia, lo que me mata. Mi cielo es un cielo siempre igual, azul, abrumador; pero sin una nube, sin un relámpago, sin una tempestad... ¿Quieres una prueba de mi felicidad cargante? Busqué aquello para lo cual me encontraba con menos aptitudes, para lo que me parecía ser más inútil. Tomé una pluma, una resma de papel y escribí... escribí un drama! Había oído hablar de las dificultades con que se toca para poner en escena una obra nacional. Corrí á un empresario, seguro de que me rechazaría, de que me vería obligado á

rogarle. Pues nó! Aceptó la obra complacido, dándome las gracias y ofreciéndome además la mitad de la entrada de la noche del estreno, y un tanto por cada representación. Volví á casa lleno de pena; pero allí tuve un rayo de esperanza: “Me silbarán” me dije.

— Pero, interrúmpile yo, ¿por qué no pensaste en que te aplaudirían? Eso era una emoción, sin embargo.

— No para mí, que estoy acostumbrado á que todo me salga bien.

— Pero, la gloria...

— Con tres millones de nacionales ¿puede desearse la gloria? Pero prosigo: Dos días después se ensayaba mi drama; un disparate. Todos los actores habían estudiado sus papeles, mostrando sumo empeño por lucirse, haciendo lucir mi obra. Al tercero, el empresario quiebra y se marcha, la compañía se disuelve, y no

vuelvo á oír hablar de la pieza en ensayo . . .

— Lo que te daría á todos los demonios.

— Lo que me libraba de una nube en mi cielo siempre tranquilo! Créeme, Claudio; la vida mía es un martirio horrible, y ya más de una vez he pensado en darle fin! . . .





II

No volví á ver á Arturo en cuatro meses. Devorado por esa negra melancolía de que me había dado muestras tantas veces, viajaba quizás de aquí para allá, buscando una emoción que cambiara su existencia para siempre.

Para conocer su carácter excéntrico, sólo se necesitaba hablar con él un instante, y ver sus profundos ojos azules, llenos de una expresión de nostalgia abrumadora, perennemente tristes, y semivielados por sus pestañas negras, que les comunicaban infinita dulzura.

Teníanme preocupado las últimas palabras pronunciadas por él acerca del suicidio, pues, en un momento de *spleen*, era muy capaz de poner en práctica esa idea tan poco digna de un hombre. Pero pronto me convencí de que eran vanos mis temores.

Cierta mañana recibí una carta suya en la que me anunciaba su visita.

Había permanecido en la ciudad, pero —ignoro por qué razón—había juzgado conveniente no ir á mi casa.

Cuando se presentó noté más animación que de ordinario en su mirada, y más vivacidad en sus movimientos.

Me estrechó cordialmente la mano y se sentó frente á mí.

—Te traigo una buena noticia! exclamó.

—Cierto?

—Sí; estoy enamorado, perdidamente enamorado.... loco!....

— Ah! Ah! Ahora eres feliz!

— Eh! no! me dijo sonriendo. Pero ha estallado la tempestad, y mi cielo, antes igual siempre, está ahora lleno de nubes negras y cargadas de electricidad, amenazando estallar en rayos. . . . Amante de la lucha, me he encontrado con una mujer que me aborrece, y con un hombre á quien ama! Anoche, en un baile, la hablé y me contestó desdeñosa; fui en seguida á buscar á ese hombre, y le obligué á que aceptara un duelo. Nos batiremos mañana de madrugada, y vengo á exigir de ti que me acompañes como padrino! . . .

Yo estaba asombrado.

Me había dicho todo esto con la sonrisa en los labios, como si se tratara de un paseo campestre, ó de alguna otra fiesta semejante, sin que un solo músculo de su rostro tradujera la más leve emoción, sin que su voz abandonara el tono más natural.

—A las tres vendrá Leopoldo, nuestro amigo, que será tu compañero, así como también los padrinos de ese señor. Vano es decirte que no admito arreglo alguno.

Poco después se despidió y salió alegremente, como si fuera el hombre más feliz.





III

Dos horas más tarde presentábase en mi casa un caballero que me era enteramente desconocido, solicitando tener conmigo una corta entrevista.

—Tráeme aquí, me dijo, el más extraño de los sucesos, sobre el cual espero que pueda Vd. darme alguna luz que me guíe.

—Diga Vd.

—Encontrándome anoche en un baile con mi hermana menor, acercóse á mí un caballero amigo de Vd., quien me pidió con toda cortesanía quisiera nombrar á dos amigos, para que éstos, como mis repre-

sentantes, se entendieran con Vd. y otra persona, á quien tampoco tengo el honor de conocer. Comprendiendo yo de lo que se trataba, aunque sin saber las razones que mediaban para ello, respondíle que no tenía inconveniente. Más tarde hablé con mi hermana y me lo expliqué todo. Arturo Gray, su amigo de Vd., la ha visto varias veces en tertulias á las que yo no la he acompañado, dedicándose á hacerle la corte, sin que ella lo tomase á mal; muy al contrario. . . . Anoche, por fin, la hablé claramente, según lo tengo entendido; Eugenia le contestó no aceptando su cariño—viejo ardid—no bien segura de la verdad de sus sentimientos. El, entonces, que me había visto hablar ántes largamente con mi hermana, le dijo sin alterarse que sabía las razones que hacían que fuese desdeñado, y que trataría de que—no pudiendo ser feliz—no lo fuera otro tampon-

co, suponiéndome sin duda novio de Eugenia.

Mi admiración por la buena suerte de Arturo, grande ya, aumentó de una manera prodigiosa al oír el relato de mi visitante, relato que me hubiera parecido grosera invención, no conociendo el carácter terriblemente extraño de mi amigo.

—Vd., como padrino de Arturo Gray, continuó el desconocido, podrá decirme ahora si la causa del reto que me ha lanzado es la de creerme amante de mi hermana, en cuyo caso no podrá tener lugar el duelo proyectado, porque no me presto ni á extravagancias ni á locuras.

Expliquéle el asunto lo mejor que pude, y luego que se despidió me dirigí á casa de Arturo, para ponerle al corriente de lo que sucedía.





IV

Lo encontré lánguidamente sentado en un diván, contemplándose las uñas de las manos, que hacía crujir una contra otra, con expresión de aburrimiento inmenso.

Tenía en la boca un **cigarro** apagado por distracción, y sobre las **rodillas** un libro abierto al revés, del que **no debía** haber leído una línea.

—Lée, dijo al verme, presentándome una carta que recogió del suelo. *Ella* me contesta á un billete en que yo la decía que iba á matar al que me roba su amor!... Y dime después si no soy un desdichado á fuerza de ser feliz! . . .

La carta, á cuyo pié firmaba Eugenia, decía esto, poco más ó menos:

“Recibí su esquila, que no debe ser la de un hombre que se va á batir por celos... con el hermano de la que ama!... Esta noche daremos una pequeña tertulia en casa, á la que le ruego asista. Papá va á enviarle una invitación.”

Contagiado por la manía de Arturo, lo miré tristemente. Aquella felicidad era del todo abrumadora.

Permanecimos largo rato sin pronunciar una palabra, haciendo él crujir sus uñas, leyendo yo por milésima vez el perfumado billete.

—Serás mi padrino? me preguntó al fin.

—Qué! piensas aún en batirte! exclamé asombrado.

—No! quiero probar fortuna por la vez postrera! La semana que viene me casaré con Eugenia!



V

Y se casó.

—Es tanta mi felicidad, me decía pocos meses después, que ni suegra he encontrado: la mía es una madre amorosa!

—Habrás desechado tus pensamientos de otros días... Tu nueva situación...

—Mi nueva situación! exclamó con sarcasmo. Mi suegro no hace un negocio sin consultarlo antes conmigo; la madre de Eugenia se hace lenguas de mí, que, según dice, soy el preferido de sus hijos; mi cuñado viene todos los días á casa, sólo por verme, y me llena de regalos; mi

mujer no da un paso sin pedirme permiso, dejándome, á su vez, enteramente libre; mi fortuna aumenta cada día, pues mi administrador es honrado y me adora; las empresas cuyas acciones poseo dan pingües ganancias, los inquilinos de mis casas las cuidan y hermocean como si fueran suyas, y . . . hasta mis ovejas se preocupan de mí, procreando de una manera inusitada!

—Ja, ja, ja!

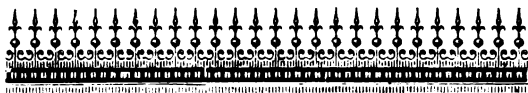
—Ríete, pero eso me abrumba, me enloquece, me mata! Si así es la felicidad de que se goza en el cielo, mil veces preferible es estar carbonizándose en los infiernos! Ah! ustedes los que tienen que sufrir alguna vez, alcanzan á comprender cuánto mayor será la felicidad futura! Pero yo, que no tengo punto de comparación, sufro el hastío de la dicha, es decir, el más espantoso de todos los hastíos, y á veces

tiemblo, porque sé que cuando me hiera la desgracia será sin ninguna conmiseración.

Apenas había dicho estas palabras, cuando un rayo de luz iluminó su semblante.

— Oh! pero ahora voy á gustar de un placer inmenso y enteramente nuevo. ¿No sabes?—añadió bajando la voz y acercando sus lábios á mi oído, como para que el timbre sonoro de su acento no borrara la sublime y suavísima poesía de aquellas palabras — ¿no sabes? ¡Voy á ser padre!...





VI

— ¡Qué hermoso es, verdad? me preguntaba levantando en alto al robusto niño, que reía inocentemente, mostrando sus encías sonrosadas, y tendiendo sus manecitas regordetas y ansiosas de coger algo. ¡Qué hermoso es!

Y cada día, al presentarme en su casa, lo encontraba en la misma ocupación, riendo de gozo al escuchar los incoherentes balbuceos de su hijo, precursores de la palabra que no tardaría en llegar, para hacer mayor su dicha.

— Y tu afán de sufrir? le pregunté una vez.

—Ya sufro! exclamó.

—Mi mirada hizo una pregunta.

—Cuando oigo que llora, murmuró entre dos sonoros besos dados á las rosadas mejillas del niño.





EL PALACIO DE LOPEZ





Al día siguiente de mi llegada á la Asunción, uno de mis amigos me propuso acompañarme á visitar el palacio de Lopez, que desde una altura domina el río Paraguay y la ciudad, como un centinela siempre alerta.

Èse día el cielo estaba de un color gris, semejante á un inmenso lavado de planos hecho por la inexperta mano de un niño: algunas gotas de lluvia caídas por la mañana habían aplacado el polvo, que llega á hacerse insoportable cuando trascurre algun tiempo sin que las nubes se encarguen de regar el suelo arenoso de la ciudad; una brisa suave y perfumada hacía mover á compás las hojas verdes de los

árboles; la luz era débil, un poco cenicienta al pasar por las nubes, comparables á un cristal opaco que tamizara los rayos demasiado poderosos del sol.

—Bella tarde, dije á mi compañero.

—Sobre todo para visitar ruinas, contestó aquél.

—¡Cómo ruinas! ¿Acaso el palacio de Lopez se encuentra en ese estado? Yo creía que cuando la caída del tirano su construcción estaba terminada, y hasta tengo entendido que poco faltaba para que el mueblaje estuviese completo

—Y no creía Vd. mal, agregó mi *cicerone*, pero desgraciadamente el edificio ha sido abandonado, y se han cometido en él actos inauditos de pillaje. Vd. no sabe, aún más, no supone cómo va á encontrar el palacio. Figúrese que un rebaño de cabras sube á saltos sus magníficas escaleras, y va á pacer las yerbas que

crecen libremente en los intersticios de las piedras

Acordéme entonces de los conocidos versos de Rioja, y, sustituyendo palabras, no pude menos que exclamar con él:

“La casa por el César habitada
¡Ay! yace de las cabras vil morada.”

—Ni más ni ménos, añadió mi amigo.

En esta plática llegamos á las puertas del palacio, que no se abrieron para dejarnos pasar, porque hace mucho tiempo que no ocupan sus quicios.

El frente, que debió ser ocupado por el jardín, hállase sembrado de trozos de capiteles y cornisas, inmensos bloques de mármol tallado, fragmentos de estátuas, pedazos de columnas

El edificio es de forma rectangular. Dos pabellones se adelantan algunas varas en cada uno de los extremos del frón-

tis. Una torre cuadrada, en cada uno de cuyos ángulos se eleva un pequeño torreón, está colocada en medio del palacio. De esos cuatro torreones no quedan hoy más que tres: el cañón brasileiro destruyó el cuarto.

El palacio presenta un aspecto de vetustez increíble, si se tiene en cuenta la época reciente de su construcción. Las paredes, azotadas de continuo por los elementos, parecen haber sufrido los estragos espantosos de un incendio. Negras, cubiertas de moho, semejan los muros de uno de aquellos arruinados castillos de la Edad Media, abandonados por sus moradores, en cuyas salas frías y desiertas, llenas del hálito medroso de las ruinas legendarias, se pasean, al compás del áspero chirrido de las cadenas que arrastran, esos mil fantasmas creados por la superstición, por el miedo y por la

imaginación siempre rica, siempre creadora del bajo pueblo, para quien lo sobrenatural es necesario, y que, no encontrándolo á su paso, lo crea para temerlo en seguida.

Estoy seguro que, de noche, pocos son los que se atreven á visitar el derruido y magnífico palacio.

—Entremos, dijo mi compañero.

—¿No hay que solicitar antes el permiso del guarda? pregunté.

—No hay guarda. Sólo se ha establecido una comisaría, para impedir que continúen las depredaciones.

—¿Depredaciones?

—Sí, todo ha ido desapareciendo: primero los cristales, que ya estaban colocados, en seguida las puertas de maderas finas, después los zócalos de mármol, las piedras del piso, todo lo que era fácil de trasportar. Figúrese Vd. que la esca-

lerita de madera que da acceso á la torre, se halla destruida hasta la altura á que puede alcanzar un hombre. Esto lo pone al corriente de lo que ha sucedido.

—¡Pero es espantoso!

—Después de la guerra, el palacio ha sido considerado como *res publica*; el pueblo entero era dueño, y, como dueño inconsciente del valor de su propiedad, ha obrado. Es preciso hacer de comer y calentar agua para tomar *mate*; el combustible se encontraba con profusión en el palacio, y no se ha hecho más que utilizarlo!

Subimos una ancha escalera de piedra que ocupa el centro del vestíbulo, y que, después del primer descanso, se divide en dos, tan anchas como la primera, colocadas en posición inversa á ésta, y nos encontramos en un vasto corredor enlosado, cuyas piedras se hallan negras,

sucias, cubiertas de moho y de verdín, y ocultas á veces por frondosas matas de yerba.

Cuatro ó cinco cabras huyeron saltando apenas vieron invadido su domicilio.

—Pero es imposible visitar esto! exclamé, viendo que el piso de los salones altos había desaparecido.

—A menos que caminemos sobre los tirantes, contestó mi guía.

—Pero, ¿han robado también el piso?

—El pino arde bien, aunque demasiado pronto; se há hecho leña con las tablas, y si las vigas no han desaparecido, es á causa de la dificultad de sacarlas y trasportarlas.

Salimos al terrado, defendido por dos leones de piedra, bastante mal heridos, y que no tardarán en espirar. Ambos, cansados sin duda de haber estado tanto tiempo de centinela, han abandonado su

puesto, pero no su primitiva posición. Uno de ellos mira melancólico á su frente su larga cola que ya no batirá sus flancos. ¡Leones de piedra! ¡testigos de la destrucción del palacio encomendado á vosotros! ¿por qué no levantáis la orgullosa cabeza, por qué no sacudís la rizada melena, y lanzando un rujido no hacéis huir á los que, olvidados de vosotros, os hacen la injuria de no temeros, destrozando sin compasión el mejor ornato de la ciudad? ¡Cumplid vuestro deber, leones de piedra! . . .

Según lo que desde el corredor pude ver, la parte alta del palacio tiene magníficos salones, aunque se hallan todos en un estado deplorable, sin piso, con el techo destrozado, las ventanas arrancadas . . .

Desde un corredor al que no pudimos llegar, se domina el río y un vasto terra-

plén que se eleva á varios metros encima de la arenosa playa, donde algunas pobres gentes han edificado sus chocitas de paja y barro.

Todo el palacio está en el peor estado, y no pasará mucho tiempo sin que las piedras hechas pedazos se desplomen, abriendo anchas grietas que impidan recorrer las partes que aún se conservan.

Las escaleras todas son de piedra, excepto la que conduce á la torre; pero sus barandas y pasamanos han desaparecido, ó no han llegado á ser colocados, como se puede suponer lógicamente al no encontrar rastro alguno de ellos.

Hubiese permanecido todo el día en la parte alta del edificio, engolfándome en los mil pensamientos que engendra la contemplación de esas ruinas prematuras, pensamientos que no servirían de alabanza al pueblo desidioso que duerme á

sus piés, si mi compañero no se hubiera encargado de despertarme.

—Bajemos, me dijo; hay mucho que ver todavía, y no tardará en ser de noche.

—Guíe Vd., lo sigo.

Y bajamos.

Durante largo rato, estuvimos viendo la segunda edición de la parte alta: grandes salones desmantelados, solitarios, sin ecos; corredores sombríos; habitaciones negras y lúgubres, como los recuerdos de la época en que fueron construidas....

Creyendo que podía dar por terminada mi visita, me dirigí al vestíbulo.

El sol, en occidente, se ocultaba en su régio manto de nubes rojas y blancas, que difundían su color por casi todo el firmamento. La ciudad estaba silenciosa, y el palacio de Lopez cortaba su negro perfil, sobre un fondo ceniciento, lleno de melancolía.

—¡Qué marco para este cuadro! exclamé, y quise abandonar aquel testigo de la tiranía, cuando mi compañero me detuvo.

—Venga Vd., me dijo, falta aún algo que ver.

Y me condujo á una pequeña escalera de piedra que se encuentra á la izquierda de la principal, por la que descendimos, casi envueltos en la creciente oscuridad, hasta hallarnos en otro cuerpo del edificio, una parte del cual dá acceso al terraplén de que he hablado antes, que se eleva á varios metros sobre el nivel del río.

—Aquí están las caballerizas, que, como Vd. puede verlo, son cómodas y espaciosas, dijo mi acompañante. Como el suelo que pisamos está algunas varas bajo la superficie del de la ciudad, se han construido rampas á ambos lados del palacio, por donde los caballos pueden salir facilmen-

te. Por otra parte, juzgo muy práctica la idea de colocar las caballerizas en este sitio, pues de ese modo los habitantes del palacio no podrán ser incomodados por el ruido que hicieran los caballos y por la vista, siempre desagradable, de sus pesebres. Además, los animales no se verían privados de aire ni de luz, pues el terraplén construido sobre la playa, hace de estos subterráneos un edificio construido como el otro, es decir, convenientemente ventilado é iluminado.

Allí pude ver la solidez de la construcción. Los cimientos sobre que descansa la inmensa mole que acababa de visitar, están hechos á prueba de siglos, y han de pasar algunos sin que cedan un ápice esos ladrillos unidos con una mezcla tan sólida como el plomo, que se conserva aún en tan buen estado como el primer día.

Y puede decirse, sin temor de faltar á la

verdad, que lo mismo sucede con el palacio entero, pues si todas las maderas han desaparecido, si los mármoles de los zócalos, etc., no ocupan ya sus puestos, porque más de uno ha tenido la *debilidad* de querer utilizarlos en sus casas, las paredes y demás construcciones de material se mantienen en tan perfecto estado, que parecerían levantadas ayer sin las tintas de vetustez con que las han disfrazado los elementos.

—Lástima grande es, dije, que el Gobierno olvide este edificio, y no impida que se vaya arruinando poco á poco. No se necesitan grandes capitales para terminar esta obra; ¿por qué no se hace?

—De eso se trata, y creo que no pasará mucho tiempo antes de que veamos resucitar los ecos adormecidos del palacio, replicó mi amigo. El Gobierno se preocupa del asunto.

Esto me consoló algo.

—¿A dónde conducen estas puertas? dije señalando algunas, bajas y angostas, que se veían á lo largo del corredor de las caballerizas.

—Vd. lo verá, contestó encendiendo un fósforo y haciéndome penetrar en una pequeña habitación, donde la oscuridad era completa.

—¡Prisiones! exclamé al ver ese tugurio húmedo y mefítico, donde nunca ha llegado á penetrar un rayo de ese sol esplendoroso y fecundo que mantiene al país en una perpétua primavera.

—Vd. lo ha dicho: son prisiones.

Y durante largo rato estuvimos visitando ese dédalo de calabozos sombríos, cuya sola vista torturaba mi espíritu y oprimía mi pecho.

Mientras duró nuestra inspección sentía vacilante mi paso, y creía ver inmensos y

lúgubres fantasmas á cada oscilación de la amarillenta llama del fósforo que mi amigo llevaba para guiarnos en aquel paavoroso laberinto. Cuando salimos, respiré con ánsia el aire puro. ¡Oh libertad! . . .

Afuera reinaba la noche. La tormenta no se había declarado aún, pero rodaba en el espacio. Por entre las nubes negras, la luna, la melancólica amiga de las ruinas, bañaba con sus rayos ténues é indecisos el palacio, semi sumergido en la oscuridad, mudo y tétrico, como un testigo de la tiranía que recordara con pavor aún, los tenebrosos dramas que vió desarrollarse ante él.

Cuando estuve á alguna distancia, volví los ojos para verle por última vez. Estaba soberbio en su silencio desdeñoso. Una nube cargada de relámpagos ocultó la luna, y el palacio se desvaneció en la sombra. . . .





I

ESCENA PRIMERA

JUAN Marcial (el carpintero), al volver una noche á su casa, después de haber hecho una larga visita á la trastienda del almacén vecino, quedó sumamente asombrado al ver que su esposa mecía en sus brazos á un niño desconocido. . .

—¿De quién es ese muchacho? — preguntó con voz ronca, es decir, con su voz natural.

—¿De quién ha de ser? Nuestro! exclamó la buena Eustaquia, besando en las mejillas al futuro hombre.

—¿Nuestro? Mujer, tú te burlas! dijo Juan, oscilando notablemente en medio de la habitación.

—No me burlo. La pobre Agueda, nuestra vecina, acaba de morir, y me ha rogado con las lágrimas en los ojos que cuidara de su hijo. Sé que tú accederás á que yo lo críe, porque tú eres bueno; así es que prometí á la pobre Agueda que su pimiento no se vería nunca abandonado en el mundo. Pobrecito! Mira cómo abre los ojos... lo hemos despertado... se ríe... ángel de Dios!

El chico, besado repetidas veces en las mejillas, rompió á llorar, asustado. Marcial lo miró con ojos de borracho, y sin inquietarse más, dirigióse á su habitación, arrojóse en la cama y se durmió vestido y con el sombrero puesto.

La buena mujer volvió á mecer al niño, hasta conseguir que se durmiera; luego lo

acostó en una camita de mimbre, y después de besarlo con amor, retiróse también para entregarse al descanso.

Esto me ha sido contado varias veces, sin lo cual, y por más que yo fuese testigo de esa primera escena, no la hubiera conocido nunca, pues el poco desarrollo de mis facultades en aquel tiempo me habían impedido darme cuenta de lo que pasaba á mi alrededor.

¿Cómo podría comprender cosas tan complicadas un niño cuya existencia era tan corta aún, pues yo era el huérfano?

II

LA CARPINTERIA

El único vicio de D. Juan (mi segundo padre) era el vino.

Bebía, como beben los campos abrasa-

dos por el rojo sol del estío, la lluvia que les cae del cielo.

Sin el vino se hubiera muerto.

Él mismo decía, levantando su copa y mirando la luz al través del licor:

—Este es mi remedio! Mientras no me falte el vino, no me faltará la salud. Aquí está la vida! . . .

A los siete años resolvió llevarme á la carpintería de su propiedad (pequeño cuartujo mal alumbrado, donde trabajaban dos oficiales bajo su inmediata dirección) para que allí comenzara mi aprendizaje.

Así, pues, estudié las primeras nociones de la vida rodeado de virutas y manejando el martillo y el escoplo.

A los catorce años yo era ya casi tan diestro en el ramo como mi patrón, que á nadie cedía en cuanto á confeccionar una mesa de "pintado" pino. (Debo añadir,

en honor á la verdad, que en cuanto á la absorción de líquidos alcohólicos iba ya á igualarlo.)

A los veinte, ganaba un crecido jornal, y se me habían hecho varias proposiciones ventajosas para que dejara á mi patrón y fuera á trabajar en provecho de otro.

Pero no quise separarme de él.

A su lado era sumamente dichoso. Bebíamos juntos, y luego nos retirábamos á su casa dándonos el brazo y oscilando los dos cadenciosamente y por igual.

Eustaquia (cuando no estaba el marido, se entiende) me llamaba aparte y me decía, poco más ó menos frases como estas:

—Mira, muchacho, es malo beber. Juan se excede, y eso lo va minando poco á poco. No quiero decirle nada, porque se enoja, y cuando está enojado. . . . Pero tú no debes beber: eres muy jóven y es una lástima que malgastes tu salud de esa mane-

ra. Yo te aconsejo que no bebas más. Soy casi madre tuya y debes escucharme. Prométeme que no volverás á beber ¿quieres?

Y me miraba con cariño, apretándome la mano y á veces derramando una lágrima.

Yo prometía, pero á la tarde no me era posible dejar de acompañar á D. Juan, que iba á tomar su copita al almacén y que me instaba para que hiciera lo mismo.

Esto hacía que mis compañeros, y todas aquellas personas para quien yo no era un desconocido, dijeran de mí:

—“Manuel es un excelente oficial, pero es un borracho consuetudinario. Pronto no servirá para nada.”

Y, verdaderamente, el vicio me agradaba entonces. No tenía momentos más alegres que aquellos en que regresaba á casa del brazo de D. Juan y tambaleándonos ambos á una.... como si estuviéramos borrachos!...

III

BEBIENDO

El almacén presentaba el cuadro más extraño.

Allá en la penumbra, las pipas de vino, unas sobre otras, parecían una inmensa barricada. De las canillas manchadas y sucias caían acompasadamente gotas de líquido embriagador, que iban á formar pequeños charcos en el suelo. ¿Cuántas borracheras podría contener cada una de esas barricas?

En segundo término, el mostrador, cargado de vasos y botellas, salpicado de vino de todas clases y exhalando un olor formidable á mezcla de licores espirituosos.

Y aquí, á mi alrededor, tres ó cuatro mesas mugrientas, en que están echados de bruces doce ó quince bebedores. . .

El humo de los cigarros forma una nube pesada y asfixiante, y la puerta de la calle parece cubierta con un tul.

Don Juan está sentado frente á mí; yo estoy frente á la puerta.

El bebe — yo también; sus ojos no brillan ya — los míos deben estar lo mismo.

—¿Otra botella, Manuel? pregunta.

—Mozo, otra botella! grito yo con voz desfallecida, con voz de beodo.

Y el dependiente nos trae la octava botella, que será bebida como lo han sido las siete anteriores.

Don Juan llena los vasos y se pone á mirar la calle á través del líquido color rubí.

—¡Qué tinta tan hermosa! murmura. No sabría con qué compararla. Qué bien se ve todo á través del vino. Oh... Pero ¿qué diablos tienes? ¿dónde vas tan de prisa? Espera, hombre, mira que te vas á caer!...

Esto me decía Don Juan, pero no traté yo de esperarlo.

IV

LA VISION

Había pasado delante de la puerta, y yo la había visto tras esa nube de humo, comparándola instantáneamente con una diosa que se aparecía envuelta en un manto de vaporoso encaje, de ese que vemos arrastrarse por la bóveda azul á impulsos del viento.

¡Qué bella era!

Alta y rubia, de cútis blanco y sonrosado.... Pero ¿para qué tratar de retratarla?

Si la pintura tuviera algún parecido con ella, el que la viese se enamoraría y. . . . quizás se despertaran mis celos.

La ví y me pareció la materialización de mis sueños. Creí que Dios había animado las creaciones de mi alma, para que yo las amase . . .

Así es que dejé á D. Juan y la seguí tambaleándome.

La seguí largo, muy largo rato, y cuando entró en una espléndida casa de la calle Florida, quedéme más de dos horas adivinándola tras de aquellas paredes que la robaban á mi vista, sin que pudieran lograr que yo no la viese.

Porque su imagen estaba grabada en mi cerebro. . . .

Ella no se apercibió, no pudo apercibirse de que yo la había seguido. Ni me había visto una vez siquiera! . . .

V

AFANES Y ESPERANZAS

Desde entonces, todas las tardes, al concluir mi trabajo, pasaba por delante de su casa para tratar de verla.

A veces, cuando la veía salir, marchaba en su seguimiento largo rato, recatándome para que no me viera y devorándola con los ojos.

No volví á beber. Hice ese sacrificio en aras del amor que nacía, amor que iba á hacerme desdichado.

Yo comprendía la distancia que mediaba entre ambos, y eso causaba mi desesperación, eso me obligaba á llorar, cuando, á la noche, rodeado de tinieblas, arrojábame en mi pobre lecho para llamar al sueño que no venía.

D. Juan extrañaba sobremanera mi conducta.

—Este muchacho se perderá, se perderá, murmuraba una noche. Miren ustedes, no beber. . . . Pobre muchacho! . . .

Y me contemplaba con aire de conmisericordia.

Eustaquia se mostraba contentísima al notar mi cambio.—¡Con qué placer lo recuerdo hoy! Las lágrimas asoman á mis ojos, ahora que comprendo el grande cariño que me tenía esa pobre mujer, que fué mi segunda madre! Ojalá todos me hubieran querido de esa manera!

Una noche, y mientras me agitaba convulsivamente en el lecho, llorando casi de desesperación, pensaba :

—Si ella llegara á amarme! No, imposible! ¿Cómo ha de descender la rica heredera hasta el pobre y oscuro artesano? El mundo no lo permite; la sociedad lo ha

prohibido! Pero ¿por qué? Yo valgo tanto, moralmente, como uno de esos caballeros que se pasean á lo largo de las calles, fumando, mordiendo el baston y diciendo estúpidas galanterías á cuanta mujer encuentran á su paso. . . . ¿Qué saben ellos sino vestirse? Si yo tuviera medios, me vestiría elegantemente también. Pero eso ¿qué quiere decir? ¿Qué significaría que yo me vistiera bien? Oh! Siempre seré Manuel Dir, el oficial carpintero, y ella no querrá descender hasta mí. . . .

De pronto un pensamiento me iluminó.

—Oh! qué idea! murmuré. ¿Y si yo subiese hasta ella? Si yo, por medio del trabajo, lograse ser rico, muy rico, tan rico como ella? Oh! sí! y lo conseguiré, Dios me ayudará!

Y pocos minutos después quedéme dormido, pensando en que ella consentiría en darme su mano.

Èsa noche soñé. . . . con lo que se sueña á los veinte años, cuando la esperanza agita sus alas color de rosa sobre nosotros. Soñé con la felicidad completa, sin una nube que la empañara, grande, infinita....

VI

CINCO AÑOS DESPUES

El señor D. Manuel Dir (como entónces se decía, hablando de mí) era ya rico.

Hacia cuatro años habían muerto los esposos Marcial, en el intervalo de pocas semanas, dejándome por herencia la carpintería y algún dinero, aunque poco.

Èsto era ya una base de fortuna.

Lloré la muerte de mis cariñosos bienhechores, de esas almas buenas y sencillas que habían hecho de mí un hijo adorado. . . .

Aún guardo su recuerdo en mi corazón, y al volver con la mente á esos instantes que pasaron para nunca más volver, siento que mis párpados se humedecen.....

Pero apartemos esas imágenes dolorosas.

Desde el momento en que me hice cargo de la carpintería, todo marchó en orden. Mi deseo de hacerme rico no se había apagado.

Poco á poco la carpintería de obra blanca fué convirtiéndose en taller de ebanistería, aserradero á vapor, fábrica de muebles.....

Tuve suerte. Cinco años, solo cinco años de trabajo constante, me costó la adquisición de mi fortuna.

VII

PLANES

Llegado á este punto sin que mi amor, hasta entonces desconocido de todos, me abandonara, resolví acercarme á ella, á ella...objeto de mis sueños, mujer cuya imagen no se apartaba de mis ojos, dicha á veces, á veces tormento, según creía ó no posibles nuestros amores, soñados solo por mí...

Marta Caro, de una de las principales familias de Buenos Aires, era también una de las mujeres más hermosas del mundo porteño (esto era dicho, no sólo por mí, sino por la mayor parte de las personas que la conocían, excepción hecha de alguna de sus amigas, que la suponía sin gracia ni hermosura, aunque quizás esto no fuera caridad, sino todo lo contrario).

Se decía que era orgullosa, muy orgullosa.

—¿ Pueden los ángeles tener orgullo ? me preguntaba yo.

Mis datos acerca de ella eran precisos.

Muchos jóvenes "bien" (como entonces se usaba) la habían pretendido, pero ella no había hecho caso de nadie. A todos trataba con amabilidad, con suma amabilidad, pero... nada más; — ni una sonrisa, ni una mirada que significase otra cosa.

En voz baja se relataba entonces que un joven se había suicidado, loco de amor por ella. Que cuando lo supo, se puso triste y lloró, pero que en seguida (al cabo de un cuarto de hora) reaccionó sin duda, pues lanzando una carcajada exclamó: *Vaya un tonto!*

Todo esto me intimidaba, pero no debía permanecer en la inacción.

Así es que resolví presentarme en su

casa al día siguiente de aquel en que los veinticinco años míos hubieran pasado para nunca más volver, y el sol de los veintiseis me alumbrara por vez primera.

VIII

EJECUCIÓN DEL PLAN

Yo no tenía noción alguna de las costumbres de la sociedad á la cual pertenecía Marta, lo que explica el que fuera á hablar de mi amor con su padre, aun antes de que ella me conociera. Metido en mi carpintería, trabajando á todas horas, no era posible que conociera el mundo.

Me presenté, pues, en su casa, y pedí hablar con su padre, á quien envié mi tarjeta.

Cinco minutos después entraba al escritorio de D. Salustiano Caro, hombre respetable, que podía contar cincuenta años poco más ó menos.

Preguntóme el objeto de mi visita, y no tuve valor para contestar. Por fin dominé mi turbación y se lo dije todo, todo. Mi antigua vida, la escena del almacén, mis noches de insomnio, mi resolución, mi triunfo. . . .

Al concluir, comprendí que se había conmovido. Pronto se repuso y me dijo:

—¿Sabe Marta? . . .

—¡Oh! no, señor! le respondí. —La he amado en silencio. . . no me hubiera atrevido nunca á confesarle mi. . . mi. . . audacia. . . . Mi cariño es un secreto que solo es conocido por Vd. y yo. . . .

—Entonces, consultaré con ella. Permítame Vd. que le deje un instante solo.

Salió de la habitación, y yo quedé agi-

tado, confuso, medio loco . . . La esperanza y el temor se apoderaban de mi corazón sucesivamente . . . Esos fueron los instantes más terribles de mi vida.

IX

MARTA

Un instante después escuché que conversaban en el aposento vecino.

El señor Caro, en voz baja, relataba á alguno toda mi vida con brillantísimos colores, mejor de lo que podría haberlo hecho yo, con viveza, con pasión, como abogando por mí.

La otra persona lo escuchaba atentamente, á lo menos tal me pareció, pues permanecía silenciosa, como temiendo interrumpirlo.

Por fin, y después de una pausa, hecha por el señor Caro, escuché una voz de mujer, una voz de ángel, que decía :

— Vamos al escritorio.— Quiero verlo y hablar con él.

Yo temblé, me puse rojo, luego pálido....La sangre volteó en mi cerebro.... Creí que iba á morirme.

Marta entró. Estaba hermosísima.....

Miróme atentamente durante un corto instante, y luego me dijo con voz grave y reposada :

—Vd. es?...

Y no dijo más.

Quise hablar, pero no me fué posible.— Apenas conseguí hacer una seña con la cabeza, seña que nada quería decir, por otra parte.

—Está muy turbado, le dijo su padre al oído.

Ella sonrió.

La esperanza brilló esplendorosa en mí.
¡Yo iba á ser feliz, inmensamente feliz!

—Hable Vd., me dijo con dulzura el señor Caro.

Hice un esfuerzo, y poniéndome de pié, miréla casi con audacia, mientras mis labios murmuraban un: *Yo la quiero*, apenas perceptible.

Pero al ver la expresión de su semblante, caí nuevamente en la silla, mirándola con ojos atontados.

—Qué lástima! murmuró como hablando consigo misma. ¿Por qué no se habrá enamorado este hombre de una mujer de su clase? ¿Por qué habrá fijado sus ojos tan léjos de su esfera?

Y luego, dirigiéndose á mí con ese tono frío, grave y reposado, que me hería :

—Señor—me dijo—¿cómo quiere que yo, Marta Caro, me case con Vd.? Luego dirían que soy la esposa de un carpintero,

rico es verdad, pero sin educación, sin familia, pues la suya no ha aparecido nunca en sociedad — y eso no puede sufrir una persona como yo. Su vida es muy romántica, muy novelesca. Pero ¿va una á descender del puesto que ocupa en la escala social, porque A ó B se ha enamorado y la quiere y no piensa más que en ella?.... No, señor. Eso es ridículo y nada más.

Yo, desconcertado en el primer momento, había tenido tiempo de reponerme, en apariencia, pues las lágrimas pugnaban por salir á torrentes de mis ojos, y el corazón quería saltarme del pecho, ó hacerse pedazos contra sus paredes. . . .

Pero, haciendo un esfuerzo sobre mí mismo, pude decirle sonriente :

—Señora.gracias! Vd. encontrará un hombre de su posición que pida su mano. ¡Tenga Vd. cuidado! Quizás con él le llegue la infelicidad.

Y salí, á tiempo de oír que lanzaba una burlona carcajada

Corrí, corrí hasta llegar á mi casa.

Allí quise llorar, pero no pude los oídos me zumbaban, sentí que me caía . . .

Mucho tiempo después volvía en mí, bajo la mirada cuidadosa de un médico, que estaba á mi lado, mirándome con la más grande atención.

Al ver que había abierto los ojos y que los tenía fijos en él, me dijo :

—Gracias á Dios, hombre . . . Se ha salvado Vd. de un lindo ataque á la cabeza.

X

ÚLTIMAS PALABRAS

Volví al vino. Permanecía largas horas en los cafés bebiendo inmensamente. A veces no podía más, y mi cabeza, que pe-

saba como si fuese de plomo, caía sobre mi brazo. . . Entonces dormía echado de bruces sobre la mesa, y los mozos me dejaban dormir porque sabían que pagaba bien. Al despertarme bebía de nuevo hasta quedar postrado, sin pensar en comer.

Y siempre, á pesar que el licor empañaba mi vista con sus espantosos vapores, veía su imágen como envuelta entre nubes, así como la ví la vez primera. Ni una luz alumbraba mi cerebro. Marta era lo único que veía en todas partes.

Si fijaba la vista en un objeto cualquiera, ese objeto iba cambiando de forma hasta tomar la de la muger que yo adoraba aún; ella era el Dios del borracho; mi único pensamiento. Cuando herido por la última cõpa, que hacía en mí el efecto de un narcótico, caía en profundísimo sueño, *ella, siempre ella. . .*

Era una obsesión, una locura... Yo iba á morirme.

De pronto una luz rasgó las densas tinieblas que me rodeaban y vino á iluminarme, á sacarme de ese terrible estado.

Un día desperté echado en una mesa, y ví que allí cerca estaban conversando dos jóvenes elegantemente puestos.

—¿Sabeis quién se casa? preguntaba uno.

—No por cierto. ¿Quién?

—Marta Caro.

—¿Qué dichoso mortal ha logrado atrapar los pesos de la rica heredera?

—Eusebio Lucas, un perdido, un calavera.

—Sí, lo conozco; ¿conoces tú á Marta?

—Sí; y hasta sé su última aventura con un tal Manuel Dir, que recibió un bolsa-zo... Pobrecito!... Dicen que se em-

briaga y anda dándose contra las paredes. . . Eso es despecho amoroso, añadió burlándose. Infeliz. Já! já! já! . . . Y qué romanticismo! . . .

Y los dos amigos se rieron á más y mejor de mí, que los miraba desde la otra mesa con cara estúpida. . .

Al otro día, al despertarme en casa, lo recordé todo. Comprendí que el vino, lejos de curar mis heridas, las irritaba más; por ese medio no lograba (ni lograría nunca) olvidarme de la mujer que entonces estaría riéndose de mí. Recordé aquel *¡Vaya un tonto!* dicho como única oración fúnebre por un hombre que había muerto por ella, y resolví por fin no matar mi alma y no ahogar en alcohol mis sentimientos.

¡Eusebio Lucas la habrá castigado!

Y digo hoy á mis hijos (hijos también de una muger noble y de mi misma clase)

que los mayores venenos del alma son el vino y el amor mal colocado, cuando el hombre no tiene bastante fuerza de voluntad para apretar su corazón entre sus manos y apagar en él el fuego que lo consume.





LA CUNA PROTECTORA





Estaba allí, soberbio, de varonil belleza. Ella, que lo amaba tierna, inmensamente, mirábalo como mira la arrulladora paloma á su gentil pareja.

Madre pura y noble, desde la muerte de su marido, á quien no amaba, había experimentado un sentimiento nuevo, una mezcla de placer y de dolor, algo extrañamente vago, que la llevaba hácia ese hombre tan bello y tan espiritual, sin que pudiese darse cuenta jamás de lo que por ella estaba pasando.

Y él estaba allí, mirándola, extasiándose en su contemplación.

Aurelia se sentía hipnotizada por esos ojos negros y brillantes, con todos los resplandores del deseo, fijos en ella, y el color de la rosa invadió sus mejillas, hasta entonces blancas como la nieve, porque la joven mujer era un lirio de los valles, ó mejor, una estatua de mármol, entibiada por las brisas voluptuosas de Sicilia.

—Oh! tú me amas!—exclamó Rodolfo con pasión.

Ella permaneció silenciosa, y cubrió con sus pestañas, negras como el ébano y finas como la seda, sus ojos, llenos de tinieblas y de rayos de luz, de sombras y de claridades

—Sí! tú me amas!—dijo él, más apasionadamente aún.—Sí! tú me amas!

Y quiso aproximarse, al mismo tiempo que la hermosísima Aurelia, completamente dominada por su mirada llena de

fuego, se sentía atraída hácia él, como el pajarillo incauto y descuidado, por el ojo magnético de la serpiente.

Pero entre ella y él se elevó entónces una barrera infranqueable.

Como el ángel guardián de la pureza tiende sus alas para impedir á la mujer que pase ese umbral oscuro que conduce á la mansión de tinieblas del vicio, su inocente hijo, el lazo que más la unía á la existencia, tendió sus alas de nácar y rosa para impedir que su madre cayera

Dormía. Se despertó, y tendiendo sus brazos hácia la pobre paloma cuyas plumas sedosas iban á ajársele, mostró sus ojos del azul más puro, y moviendo sus pequeños labios de coral, le envió un beso, un cariñoso beso con la punta de sus deditos adorados.

La madre, bañada en lágrimas, miró á Rodolfo, después á su hijo, y, cayendo de

rodillas junto á la cuna protectora, depositó un ósculo en la frente pura y tranquila del ángel que la salvaba, diciendo todavía temblorosa de temor:

—Más te amo á ti, hijo mío!







Ah! ¡Ahora respiro, ahora soy feliz! Nada me falta y todo sonrío á mi alrededor. Mi cuarto de estudio me parece más alegre, más lleno de luz.

¡He sido tan desgraciado en estos últimos tiempos!

¡La pérdida Carmen me ha hecho sufrir tormentos tan inauditos!

Figúrense Vds. una pequeña rubia, encantadora. De ojos azules, mano diminuta, pié tan hermoso que parecía invitar á besarlo. . . .

¿Han leído Vds. los cuentos de Catulle Mendés?

Pues Carmen era semejante á una de

esas lindas muchachas que pinta de un modo tan bello.

Cierto es que no era de las mejores familias, pero ¿y eso?

Venía de vez en cuando á mi casa, y penetraba á este cuarto, al mismo en que ahora me desahogo, relatando mi infelicidad, pasajera, por suerte.

¡Qué mujer más traviesa!

Todo me lo revolvía, todo me lo mezclaba.—Los librotos de mi biblioteca quedaban esparcidos por el suelo. ¡Que se atravesase alguien á poner en orden mis papeles cuando ella se retiraba! ¡Aquello era un maremagnum, un caos!

Pero eso me daba que reir.

¡Me quería tanto!

¡Toma! Y yo la quería también, como que contaba con indecible fastidio los minutos que transcurrían cuando no estaba bá mi lado.

Carmencita era una niña juguetona, que me encantaba y volvía loco.

Pero tenía sus caprichos, y caprichos terribles, sí señor. Por más que parezca extraño, ese juguete precioso tenía defectos.

Cuando entraba á mi habitación, hacia un gesto de profundo disgusto, exclamando con la más estirada gravedad, como si se tratase de algun crimen:

— ¡Puff! Qué olor á tabaco!

Era mi pipa, mi queridísima pipa, único solaz en mis horas de trabajo.

Porque mientras escribo, si no tengo mi pipa en la boca, soy el hombre más infeliz que habite en este pícaro mundo

El tabaco es mi debilidad

¡Oh tú, que lees estas líneas! Si supieras cuántas y cuán inmensas bocanadas de humo caliente y aromático me cuesta cada una!

Pero este placer no lo ha sido nunca para muchas personas.

Lo cierto es que jamás logré que Carmen participase de mi pasión. Siempre lanzaba el mismo "¡Puf! ¡qué olor á tabaco!" que me desesperaba.

¡Con espanto recuerdo la escena que tuvo lugar entre los dos cierto día!

No, y la cosa no era para menos.

Nuestro amor había adquirido grandes proporciones.

Yo quería entrañablemente á esa muchacha (de esto hace muy poco tiempo).

Ella, por su parte, me retornaba ese cariño, no con creces, sino de la misma manera.

¡Aquel diablejo era monísimo! Yo la obedecía en todo.

"Deja de escribir" exclamaba, y la pluma caía de mis manos al instante. "Trae ese libro", y un volúmen de Voltaire ó

de Byron iba á estrellarse contra las paredes. "Siéntate aquí", y me arrellenaba en un diván, pasando largas horas con la cabeza reclinada en su regazo.

El indómito carácter que hacía la desesperación de mis amigos se había ido al diablo.

Yo era el maniquí de Carmencita, que me trataba como tal.

Un dia se sentó frente á mí, examinándose con seriedad completa; presentí algo grave.

—¡Si supieras cómo te quiero! exclamé sin saber lo que decía, porque la verdad es que su mirada inquisitorial me había turbado.

—¿Conque me quieres, eh? Pues ha llegado el momento de que yo te exija una prueba.

— ¡Habla! grité entusiasmado por tan inesperada salida.

Accedo desde ahora hasta á presentarte, si lo pides, y con mis propias manos, mi corazón palpitante aún.

Pide la prueba, que si se trata de que conquiste á Constantinopla, montado en mi brioso corcel (que no lo tengo) partiré cual denodado caballero á satisfacer el capricho de mi dama!

— Dejémonos de bromas, dijo ella con enojo, pues conoció en lo hueco que me puse y en el tono con que pronuncié esas palabras, que de bromas y no de otra cosa se trataba.

—Pues habla tú, que te escucho con la seriedad más absoluta, hermosísima reina de mi alma.

—Vamos, eres insufrible. Lo que quiero decirte es que apestas con tu pipa, que Dios confunda. Pareces una chimenea y el olor al tabaco me atolondra. Es necesario que dejes de fumar!...

¡Figúrense ustedes cómo quedaría yo ante tamaña insolencia!

De un salto me puse de pié, y exclamé con voz tonante:

—¡Sabes lo que pides, insensata!

Me miró con la impasibilidad del verdugo que ve que la víctima se rebela contra el cuchillo que empuña su mano.

—¡Vaya si lo sé! Esa pipa me es insoportable. Fumas hasta cuando estoy contigo, y he resuelto que no siga sucediendo tal cosa. Este cuarto parece el Olimpo: nubes van y nubes vienen: jamás está la atmósfera pura. ¡Si no dejas de fumar, no vuelvo á verte en vida!

Y hablaba sériamente. ¡Ya lo creo!

En vano quise tomar la cosa como si fuese broma. Me demostró que lo decía de veras. ¡Qué insensatez! ¡Oh! las mujeres! . . .

Por fin, y para demostrarle que seguía

la farsa, por más que no las tuviera ya todas conmigo, me puse la pipa en la boca, raspé una cerilla, encendí la perfumada yerba, y aspiré con delicia.

¡Más bien no lo hubiera hecho!

Se arrojó sobre mí como una loca, y la pobre pipa voló por la ventana, yendo á estrellarse contra las piedras de la calle.

—Te juro que si fumas otra vez, exclamó, no me volverás á ver nunca.

Y salió majestuosamente de mi habitación.

¡Aún recuerdo lo asombrado que quedé!

Permanecí largo rato inmóvil, de pié en medio del cuarto, como la estatua del terror, con las manos caídas, la boca entreabierta y la vista fija en un punto que no tenía nada capaz de llamar mi atención.

—¡Que no fume más! me atreví á exclamar por fin. ¡Qué tiranía más atroz! Ni Rosas ¡qué! ni Nerón mismo! ¡No fumar! ¡Pero si eso vale tanto como condenarme á la muerte! ¡Y es muy capaz de no volver si fumo! ¡Qué resolveré, Dios mio! Oh! no debo partir de ligero.

Y arrellenándome en un sofá, busqué maquinalmente mi pipa para reflexionar más á gusto. Pero ese querido objeto había desaparecido, arrojado por la ventana, y ya no quedaba de él más que el recuerdo.

¡Oh pipa mía! ¡Cuántas elegias te hubiera compuesto, si fuese capaz de hacer un solo endecasílabo! Pero la musa no me sopla, y debo consolarme con echarle de menos, cuando vuelve tu imagen á mi mente.

En ese conflicto inmenso, venció al fin y al cabo el amor.

Sí, señores! Resolví no fumar, no embriagarme con el aroma del tabaco, no envolverme voluptuosamente en nubes de humo, no apartarme del mundo arrastrado por las fantásticas ideas que engendra una pipa bien cargada y fumada con delicia!

¡Jamás se dió mayor prueba de cariño!

Al dia siguiente volvió Carmen, encontrando *la atmósfera pura*, como decía ella, por más que á mí me ahogara esa pureza misma.

—Veo que me has obedecido, dijo riendo y dándome cariñosos golpecitos en la mejilla.

La miré con ojos que parecían querer petrificarla.

—¡Haces de mí lo que quieres! exclamé. Ejecutas actos de la tiranía más abominable!...

—Ya olvidarás el vicio—contestó,

sonriente siempre,—y entonces has de estarme grato por lo que he hecho!

¡En aquel instante me hubiese convertido en asesino!

Pero preferí seguir siendo enamorado.

Así pasó una semana, en la que fuí el hombre más infeliz que haya arrastrado su miserable existencia por este valle de lágrimas. Mi angustia era cada vez mayor. No había vuelto á fumar y estaba loco. Carmen repetía siempre su amenaza: “Si fumas, no me volverás á ver”, con la mayor sangre fría, como si me prohibiese que comiera caramelos!

Por fin, una mañana eché al demonio mi obediencia.

¡Qué fuerza de voluntad tan grande la mía!

Corrí á la calle, compré una pipa mucho más grande que la primera, volví á casa apresuradamente, y encendiéndola

me dispuse á romper con la adorada muchacha, si volvía á importunarme con sus insoportables caprichos.

¡Con qué delicia fumé aquella vez!

El cuarto se llenó de humo en un instante, y la *atmósfera impura* pareció darme nueva vida, haciendo que la sangre corriese con más vigor por mis venas.

En los dias que pasé sin fumar, había enflaquecido; en media hora volví á mi estado anterior; ¡que tanto puede una pasión en un hombre!

Cierto es que la pipa me mareó un poco, pero ese mareo era tan agradable!...

Esperaba con ánsia, al mismo tiempo que con miedo, la aparición de Carmen. Pero, de todos modos, estaba decidido.

¿Qué vale una mujer al lado de una pipa?

Asomó de pronto por la puerta su carita sonrosada y risueña.

—Puf!—exclamó, tomando un aire de seriedad que me asustó.

Estuve á punto de tirar la pipa, pero mi fuerza de voluntad, esa cualidad extraordinaria que brilla en mí, causando muchas veces mi asombro, me detuvo, y me dió poder bastante para no hacer una atrocidad inmensa.

—¡Has vuelto á fumar! gritó deteniéndose en el dintel de la puerta y mirándome con ojos de tigre.

—Sí, querida mía; ¿qué quieres hacerle? Se trata de un vicio indomable.

—Tira esa pipa, si no quieres que me vaya, continuó, sin entrar.

—¡No seas tonta! Muéstrate más complaciente; ¡si fumaras tú, yo no te diría nada!

—¿No quieres dejar esa infame chime-

nea? dijo medio llorando. Pues bien, yo estoy demás, me voy.—Adios! ¡No volverás á verme!

—Carmen, Carmen, grité, lanzando una enorme bocanada de humo al mismo tiempo.

Pero fué en vano; ¡ya estaba lejos!

Me arrojé en un sillón, lleno de pena, y me puse á fumar desesperadamente.

¡El amor y la dicha habían desaparecido. . . pero quedaba el tabaco!

Así es que á los dos dias el más dulce consuelo se apoderó de mi corazón.

El tercero apareció Carmen, que me encontró fumando.

Se acercó á mí con timidez.

—Seamos amigos, me dijo.

Yo me puse enérgicamente de pié.

—No! exclamé. No esperes que vuelva á dejar de fumar! ¡Prefiero pegarme un tiro!

—Y si fumas? . . preguntó.

No pude menos que darle un beso; ella hizo un gesto de disgusto.

—No estoy acostumbrada! exclamó, y . . . francamente . . . apestas!







I

Ya la densa cortina de las nubes se ha rasgado, y el sol brilla esplendoroso en el cielo.

Con los primeros días de la sonriente amiga de la juventud, la sangre ha adquirido nuevo calor.

La luz tibia que vierte á torrentes el astro rey, llena el panorama de galas magníficas, se quiebra en el oscuro color de los techos, y en el frondoso follaje de los árboles cubiertos de flores, juguetea en las ondas mansas del río y se esparce por los ámbitos de la atmósfera, reflejándose en los cristales y en los ojos de las

hermosas, que se han adornado con un brillo mayor á la llegada de su hermana la primavera.

Las noches tranquilas han sucedido á aquellas en que zumba el huracán y en que la fría lluvia repica en los vidrios de las ventanas, herméticamente cerradas para no dejar pasar las fosforescencias enceguecedoras del relámpago. Las estrellas reinan en las alturas, mientras que, abajo, el ave levanta su canción quejumbrosa y enamorada, rompiendo con su voz llena de armonía la calma y el silencio. . . .

¡Alcanzadme los pinceles! Siento la inspiración bullir en mi cerebro al contemplar el paisaje que se presenta ante mis ojos asombrados, y antes de que desaparezca ese sol radiante que llena de alegre luz el firmamento, quiero dejar esbozado mi cuadro!



En la estación, numerosas personas aguardan la salida del tren, para lanzarse á recorrer los campos, engalanados y llenos de embriagadores perfumes.

En los andenes, niñas elegantemente vestidas con trajes primaverales, señoras que desean respirar el aire puro, hombres de todas las clases sociales y de todos los aspectos, hacen un tumulto de fèria ó de romería.

De pronto los viajeros toman los coches por asalto, y los andenes quedan vacíos.

Sólo de cuando en cuando, alguno, retardado y jadeante, llega corriendo, salta el estribo y se precipita en el wagón, no seguro todavía de haber alcanzado el tren.

La locomotora silba, llénase de humo la estación, las viajeras, riendo ó arrugando el rostro con gesto de disgusto, se tapan los oídos, y el convoy se pone en marcha pesadamente. . . .

Fuu, foo . . . fuu, foo; allá va el mónstruo moviendo cadenciosamente sus músculos de acero; fuu, foo . . . fuu, foo . . . fuu, foo, apresura su andar, llevándose esa multitud de rostros sonrosados y alegres, que corren al campo á saludar las flores; fuu . . . foo . . . fuu . . . foo . . . apenas se oye ya el resoplido de la máquina, que huye envuelta en remolinos de vapor.

¡Al campo! ¡Al campo!

El tren corre, lanzando bocanadas de humo, entre un marco de verdura siempre cambiante.

Allá va el mónstruo arrastrando los pesados wagoes y haciendo retemblar la tierra. Allá va.

En la extensión azul del firmamento, su negro penacho parece una pequeña nubecilla; semeja una mancha de tinta en el celeste vestido de una virgen.

La respiración del gigante de acero nose

escucha ya, y él se distingue apenas entre el fresco follaje de los árboles lejanos.

¡Dichosos los que son llevados por él, á esos campos cubiertos de flores, refrescados por la suave brisa primaveral, que rejuvenece el alma! ¡Dichosos los que pueden abandonar la ciudad populosa, con su murmullo ensordecedor nunca concluido, para ir á recrear su vista en las galas grandiosas de la naturaleza! Dichosos los que ensanchan los horizontes de su espíritu, cambiando los límites estrechos de la Capital, por la luz, el aire y el horizonte anchuroso!

Y allá va el mónstruo! En el confín, en el punto á que apenas alcanza la mirada, se ve una manchita negra, imperceptible casi. . . .

¡Allá va!



La estación ha quedado solitaria, muda.

Los rieles brillantes quiebran en cascadas de chispas los rayos luminosos del sol.

En mi pecho hay un sentimiento parecido á la envidia. Quisiera embriagarme, nadar en ese piélago de luz, como los alegres viajeros que poco antes llenaban de animación los ahora sombríos andenes.

Y, paso á paso, con la vista nublada, vuelvo á mis quehaceres, mústio, entristecido. . . .

Las calles de la ciudad me parecen negras, tétricas; en vano repican las campanas de las iglesias, todas en diversos tonos con alegría bulliciosa; en vano todos los que pasan junto á mí me muestran los semblantes risueños.

Compro un ramo de flores á un muchachuelo andrajoso, que lleva al brazo una canasta, y que grita hasta poner en peligro la integridad de sus pulmones.

Siquiera aspirando el perfume de esos dones de la hermosa precursora del verano, siento ensanchármeme el espíritu, antes anonadado por la privación de un capricho.

Empuño el ramo en mi mano derecha, y como si él fuera una poderosa varita mágica, términase el encanto.

Con su perfume renace mi alegría.

La flor es la caricia de la naturaleza.



¡Primavera!

El hálito de vida que esparce en nuestros cuerpos cansados por la lucha contra la crudeza de los elementos, durante los largos días del invierno, hace que la sangre lata con nuevos bríos en las arterias dilatadas.

Todo sonríe. El pájaro enamorado hace su nido bajo la copa de los árboles frondosos; la flor entreabre su fresco capullo

á la mañana para recoger las gotas de rocío, que luego el sol pintará con todos los colores del iris; el insecto microscópico ensaya su canción, oculto entre la yerba, recorriendo toda la escala cromática; los rostros de las jóvenes que el cierzo helado hacían palidecer, adquieren, al recibir la balsámica caricia de la brisa primaveral, ese color sonrosado, ténue, lleno de vida; la naturaleza invita al amor, la sangre ardiente afluye al corazón, haciéndolo latir con más violencia; todo parece más bello, más grande, más lleno de poesía!

Oh! primavera, gioventù dell'anno.

•



II

Sonriente primavera, amiga mía; quiero inspirarme aún otra vez en tus galas, en el color limpio y azul de ese cielo extendido que, bajo tu influencia, hace huir los negros vapores que lo cubrieron durante la cruda estación; quiero aspirar con delicia el aire tibio y embalsamado que tú perfumas; quiero recrear mis ojos en las riquezas que ostentas, dulce protectora del amor. . . .

¿No sabes? Desde que has venido á visitarme, como una hada cariñosa que de año en año se presentara á sus protegidos he sentido renacer mi alegría.

Todo me parece más bello, la naturaleza más risueña, el cielo más azul, más serenas las noches, más brillantes las estrellas en la inmensa bóveda, más mansas las ondas transparentes del río. . . .

¿No sabes? Al sentir tu hálito embalsamado, extasiándome en la contemplación de las golondrinas que hacen su nido en las cercanías de mi humilde cuartito de bohemio, al escuchar sus alegres gritos, he experimentado algo extraño, algo que no he podido explicarme, y he recordado los versos de Campoamor, que recito en voz baja, suavemente. ¿No los conoces? Sin embargo, tú, hermosa amiga mía, has dictado esos versos al inspirado vate.

Reconozco que en ellos hay mucho de tu suave calor, de los colores brillantes con que la fantasía se engalana cuando la sávia de la naturaleza entera reacciona á tu contacto, de la vida que prestas al ár-

bol cubierto ahora de fragantes flores, á la fuente murmuradora, cuyas aguas acallaron sus melancólicas canciones al cubrirse con el blanco manto de la escarcha, alave de dulce garganta que alza ahora sus himnos melodiosos al despuntar el día. . .

Tú fuiste quien los dictó á esa pluma, encantadora amiga mía, como eres la que hace nacer los pensamientos más tiernos en el cerebro del hombre, los latidos más apasionados en su corazón. . . .



Hace ya tiempo, cuando el cielo cubierto de nubes ocultaba los rayos bienhechores del sol, he pensado en tí, como se piensa en una amante tierna de quien la suerte nos separa.

Y desde esta misma habitación, negra y triste como los pensamientos que engendran las largas noches de invierno; desde esta misma ventana, en que el musgo ocu-

pa el lugar de la trepadora enredadera, y la tela de la hacendosa araña las cortinas bordadas por una mano querida que aún me falta, he dirigido mi mirada á las nubes llenas de tempestades, y me he imaginado la vida mía cubierta de sombras y de amargura.

Pero ahora que contigo han venido los vivificantes días de sol; ahora que todo eleva su cántico de regocijo, cuando la sonrisa de los cielos sin mancha acaricia el espíritu, cuando el alma llena de aspiraciones, empapada en las hermosuras de la naturaleza, desea libertarse de su prisión y tender su vuelo por el espacio abierto, lleno de luz y de armonías, mi porvenir me aparece de color de rosa, as como las alas de esos ángeles que entre vemos en los sueños de la infancia...

El alma no puede menos que hacer estas risueñas comparaciones; los rosales han

florecido y ostentan orgullosos sus capullos perfumados; la flor se mece en el extremo de las verdes y espinosas varitas, con sus hojuelas sonrosadas, vaso de esencias embriagadoras y voluptuosas, que recibe el beso del rayo tibio del sol, coloreándose pudorosamente...



Han vuelto los días de sol.

Pero ¡ay! no existe la dicha completa en este mundo.

Ellos son los precursores de las horas terribles de la canícula, en que la tierra exhala vapores caldeados por el mismo astro que hoy la acaricia blandamente.

Ellos anuncian el verano con todas sus bondades y con todas sus tiranías, con el apetitoso fruto y con los vientos de fuego que agostan las verdes hojas de los árboles, con sus noches claras y serenas y con

sus días en que la reverberación de la luz poderosa riega las pupilas.

Vendrán, llegarán esos días antes de que nos hayamos cansado de gozar de los hermosos de primavera, y entonces nos apercibiremos de lo agradable de su visita.

Entonces el espíritu, anonadado con el exceso del calor, entorpecerá su marcha, no experimentará como ahora santos deseos, aspiraciones infinitas, hambres de espacio, de luz, de vida. . . .

Entonces la pluma que corre hoy rápida sobre el papel, que sigue á la fantasía en su vuelo inconstante, permanecerá muda, negándose á estampar los pensamientos materialistas que engendra en el cerebro del hombre esa época del año, en que la atmósfera de fuego pesa sobre la imaginación como la losa de un sepulcro.



CELOS

The word "CELOS" is centered in a classic serif font. It is framed by two ornate, symmetrical flourishes on either side, each featuring intricate scrollwork and leaf-like patterns. Two horizontal arrows, one above and one below the word, point towards the center, with their shafts extending from the flourishes.



I

El escenario, iluminado apenas por cuatro picos de gas, quedaba en la penumbra; el resto del inmenso teatro, hasta el que no podía llegar la luz esplendorosa del sol, oscuro, silencioso y tétrico, parecía un inmenso abismo; nadie hubiera podido imaginárselo poblado de espectadores, brillante con las mil chispas de las piedras preciosas, bullicioso con ese murmullo de las multitudes, ostentando el adorno que le prestan los rostros juveniles de las niñas de la cazuela y los elegantes trajes de las bellas que

ocupan los palcos, lleno de la vida que le comunican las luces del gas, los cuchicheos del público, las notas alegres de la orquesta . . .

Sin embargo, el teatro no estaba solo.

En el escenario oscuro iban y venían seis ó siete personas que hablaban en voz baja.

Acercándose á ellas, hubiera podido notarse que eran actores y actrices, y que se trataba de un ensayo, hecho á puertas cerradas.

En efecto, la hermosa Margarita, la reina de la escena, preparaba su beneficio, que debía tener lugar esa noche.

Ensayábase una obra renombrada: *Los Amantes de Teruel*, en la que la aplaudida actriz iba á aparecer por vez primera, dando así una sorpresa al público, que tantas muestras de estimación le había dado.

Con este objeto, y mientras se hacían los ensayos, la entrada al teatro estaba rigurosamente prohibida; nadie sabía en la capital ni aun el nombre de la obra elegida, pues con tanta circunspección se habían portado los compañeros de la divina mujer, que en el papel de Isabel de Segura iba á electrizar á los concurrentes, como lo había logrado ya en roles análogos.

A pesar de que la interpretación de la pieza prometía salir perfectamente, la actriz daba muestras de impaciencia no reprimida.

Lasso—el hombre á quien amaba con todo su corazón, el actor famoso que tan admirablemente desempeñaba el papel de Diego Marsilla, en los momentos que el ensayo le dejaba libres, corría á conversar en un rincón del escenario, envuelto en las sombras, con otra mujer, que lo hacía olvidar de todo, hasta del cariño

de la bella Margarita, cuyas miradas se disputaban tantos otros, que había visto arrastrándose á sus piés, sin que sus ruegos y sus magníficos regalos ablandasen su corazón que solo para él latía.

Y aquella mujer no era ni jóven ni hermosa.

Margarita atendía apenas al ensayo.

Tenía los ojos fijos en aquella pareja, cuya conversación confidencial clavaba agudos dardos en su pecho.

De pronto su pié golpeó furiosamente el suelo, sus ojos se llenaron de lágrimas de despecho, y su garganta se negó á repetir el verso dictado por el apuntador. Había escuchado el susurro de un beso!...

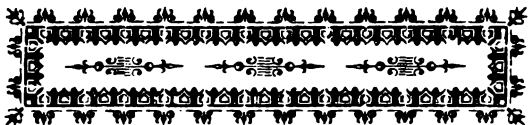
Todos la miraban.

Se dominó, y yendo á tomar su abrigo de las sillas en que lo había colocado, dijo con voz breve:

—No ensayo más. Estoy enferma. Salga la pieza como quiera; yo me voy!

Y sin hacer caso de observación ninguna, sin volverse siquiera para contestar á las preguntas afectuosas que se le hacían, salió del teatro, caminando rápidamente.





II

—No seré yo quien vuelva á trabajar en ese teatro! Lo que me sucede es abominable! Parece que todos se hubieran conjurado para hacerme enfurecer, para obligarme á maldecir el arte que amo tanto, á despreciar los aplausos que me entusiasman y me vuelven loca! . . .

Y la bella actriz, recorriendo á grandes pasos su habitación, sacábase los guantes febrilmente, presa de la agitación más grande, con el rostro encendido, la nariz dilatada, los ojos brillantes.

No cesaba en su monólogo, golpeaba el

suelo con su pié breve, y su enojo, en lugar de decrecer, iba en aumento.

¿Cuál era el motivo de ese ataque de nervios, que estallaba en la soledad de su cuartito, á altas horas de la noche, cuando ningún ojo indiscreto podía cerciorarse del estado de su espíritu?



El teatro había presentado esa noche un golpe de vista espléndido; de los palcos, de las butacas, hasta del paraíso, habían llovido ramos de flores destinados á festejar el triunfo de la actriz querida, mimada, aplaudida, hasta que el guante, roto, saltaba, hasta que la mano, roja por la afluencia de la sangre, se negaba á seguir golpeando. . . .

Después de terminar la función, su camarín había sido invadido por una multitud de admiradores; y en él las mesas, las

sillas, hasta el lavatorio, estaban cubiertos de regalos de incalculable valor.

Al día siguiente, la prensa toda se ocuparía de su beneficio, agotando el vocabulario de las frases de alabanza, como lo había hecho ya más de una vez.

Diría . . . lo que jamás se dijo de artista alguna, y aún eso no parecería lo bastante á esos hombres de pluma que, entre bastidores, mendigaban una sonrisa de sus labios de rosa, ó una mirada de sus grandes ojos negros, que expresan tan bien las pasiones del espíritu cuando la actriz pasea las tablas del escenario.

Pero aquel magnífico triunfo, no hacía menos triste la situación de la reina del teatro; al recordarlo, su ira se hacía mayor, su enojo no conocía límites. . . .

Después de un rato, la actriz dejóse caer en un sillón, y fijó su vista en el reloj que, desde la chimenea de mármol sobre

la que estaba colocado, interrumpía el silencio con su murmullo acompasado é igual.

— Las dos, murmuró. Es ya muy tarde. . . .

Sin embargo, no se movió, permaneciendo largo rato en la actitud de una persona que medita en algo grave.

Después, levantándose de nuevo, acercóse á una mesa, tomó papel y pluma y escribió rápidamente durante un corto tiempo.

Cuando hubo terminado, comenzó á leer letra por letra lo que había escrito. Al concluir, su rostro se anubló, hizo un gesto de disgusto, y el papel hecho trizas quedó esparcido por el suelo.

Volvió á escribir, sin que nunca estuyese contenta con su obra.

Por fin, cuando la mañana hizo que la sombra huyera, cuando la ciudad desper-

taba, tomó la última hoja de papel, escribió una palabra, firmó febrilmente y cerró la carta, poniéndole esta dirección: Señor don Luis Lasso.—Teatro Nacional.

Pocos minutos después, dominada por el cansancio, caía en el lecho, no tardando en quedar dormida.





III

Ven, decía únicamente la carta aquella, pues la actriz, en épocas más felices, había creído ser correspondida por el joven actor.

Ven, seca, lacónicamente. Una palabra desnuda, retrato de su ira, que Lasso leyó lleno de asombro, pues, á pesar de haber asistido á la brusca desaparición de Margarita, no se daba cuenta de su causa.

Sin embargo, á las seis de la tarde cuando recibió la extraña esquila, vistiéndose apresuradamente, dirigiéndose en seguida á casa de la actriz.

Al penetrar en la habitación de esta última, lanzó un grito de asombro, de indignación, de rabia. Allá, á los piés de la mujer que amaba con frenesí, había visto á un hombre, á un jóven que besaba esa mano blanca y delicada . . . ¡Oh! ahora se explicaba ese billete; le habían llamado para que comprendiera cuán poco caso hacían de él, de él, que iba á solicitar de Margarita su consentimiento para casarse con ella! . . .

Su primera intención fué la de huir de la vista de ese cuadro; después, el deseo de vengarse le dominó.

Precipitóse sobre quien de ese modo le robaba la felicidad; hubiera cometido un asesinato . . .

Margarita, fría y ceñuda, se interpuso.

—Vaya Vd. con esa . . . mujer, dijo gravemente. Nada le resta que hacer aquí. Todo ha terminado!

—¡Con mi madre! exclamó Lasso fuera de sí. ¡Y eres capaz de insultarla, tú! . . . Oh! . . .

El otro jóven, que hasta entonces había permanecido sin movimiento, no dándose cuenta de lo que junto á él pasaba, tuvo que sostener el cuerpo de Margarita, que cayó desplomada entre sus brazos, al comprenderlo todo.





IV

Algún tiempo después preguntábamos á uno de los miembros de la compañía, que se había disuelto á causa del suceso narrado:

—Y Lasso?

—Murió—nos contestaba friamente su ex-compañero.

—Cómo?

—Porque hizo *Los Amantes de Teruel* muy á lo vivo. Encontró á su amante en brazos de otro y . . . ¡qué quiere Vd! no todos hemos de saber soportar esta vida, harto pesada.

Pero en aquel instante lancé un grito.

—Cómo asegura Vd. que murió! ¿No es aquel que viene hácia nosotros?

—Sí; yo quise decir que murió para el arte. Por eso añadí que no todos hemos de saber soportar esta vida.

—Y eso qué quiere decir?

—Hágase Vd. cómico, enamórese de una actriz y lo sabrá. Pequeñas miserias del oficio.





¿Quién era? ¿Adónde iba?
 Q Todavía lo ignoro.

Solo sé que su belleza—grandes ojos negros, brillantes, mejillas sonrosadas, cutis terso, nariz fina, boca pequeña, formas de Vénus—me enamoró desde el primer instante.

La ví en un *avant scène*, en Colón, mientras se representaba *Mepistöfeles*, la grandiosa partitura de Arrigo Boito.

Estaba cubierta de piedras preciosas, más bella que una reina; su blanca vestidura, que parecía tejida por las hadas, hacía destacar el tinte moreno de su semblante; su seno, semi-velado por

los tules de su *corsage*, y sus brazos dignos de una oda de Horacio, llamaban la atención y hacían nacer la envidia en las demás beldades, astros menores desde que ella se apoyó en el antepecho del palco . . .

Al concluir el divino prólogo de la ópera, ese gigante apóstrofe del ángel de las tinieblas á los serafines que cantan en coro las glorias de su señor, un amigo me presentó á ella.

Yo se lo había pedido con instancia, porque aquella mujer despertaba en mí un no sé qué extrañamente fascinador; si aquella noche no la hubiese conocido, si en esos breves instantes no hubiera podido aspirar el suave perfume que exhalaba produciendo un éxtasis blando y dulce, en mi existencia faltaría hoy algo, yo no sería feliz.

El que crea que he olvidado esa con-

versación, se equivoca enteramente; quedó grabada en mi cerebro con imborrables caracteres; y á pesar de que son muchos los años transcurridos, recuerdo aún esas breves frases, retrato de una mujer hecho por ella misma.

En cuanto á su nombre, lo ignoro en parte.

Mi amigo, al presentármela, había dicho:

—La señora Clelia

En vano hago esfuerzos por recordar el apellido, que se me escapa.

Muchas veces en las largas horas del insomnio, en esas horas en que la imaginación emprende el fantástico vuelo por el campo de lo desconocido, he vuelto á verla, radiante de belleza, llena de los mayores encantos que una mujer puede ostentar; he vuelto á oír su voz dulce y tierna, he escuchado el crujir de sus mag-

nílicos vestidos y he podido aspirar el perfume que de ella se exhalaba; pero su nombre, que trato vanamente de que vuelva á mi memoria; su nombre, que he visto escrito en la bóveda celeste, en las noches plácidas y tranquilas de la hermosa primavera, por los astros que dejan las luminosas huellas de su camino por las regiones siderales; su nombre, que suena en mi oído con las notas melancólicas de una música vaga y que atrae mil ensueños sin forma, permanece conocido y desconocido para mí, pues si lo oyera una vez, entre otros infinitos, lo reconocería al instante.





II

— Casada! exclamé instintivamente, luego que me la presentó mi amigo.

—Sí, señor; soy la *cosa* de un hombre, su esclava. Y, sin embargo, no le quiero, no le he querido nunca.

Permanecí un instante suspenso; tanta franqueza en boca de aquella mujer y dirigiéndose á un desconocido, parecióme tan extraña, tan anti-natural, que quedé silencioso, mudo.

—¿No esperaba Vd. semejante confesión?—me preguntó clavando en mí su mirada, escudriñadora y dulce al par.

—En verdad... yo... murmuré.

—Igual cosa me pasa siempre, y es que

nunca dejo de equivocarme. Veo á un hombre, fijo en él mis ojos, creo decididamente que su alma no es vulgar, y me apercibo luego de que no he tenido razón. Sin embargo, esta vez creo que he mirado bien; Vd. me contemplaba desde su butaca franca y abiertamente, diciéndome en la expresión de su rostro que había simpatizado conmigo; igual cosa me pasaba á mí. . . .

—Gracias, señora.

—Decía á Vd. que no he amado nunca á mi marido: cuando me casé aún era una niña; me pareció que el matrimonio daba libertades. . . . luego yo he experimentado siempre una inclinación bastante marcada hácia lo desconocido, y ese punto oscuro de que habla Gautier en su *Mlle. de Maupin*, me inquietaba tanto como á la heroína de su romance, causábame deseos inexplicables, me hacía soñar des-

pierta largas horas. La suerte quiso que en aquel mismo tiempo me cortejara un hombre, en cuyos brazos me arrojé desde el primer instante.... por curiosidad. Ese hombre es mi marido...

La orquesta comenzó en aquel punto la obertura del primer acto.

Quise retirarme al ver que mi amigo, tan asombrado como yo de la conversación en que habíamos tomado parte, saludaba á Clelia y salía del palco.

—Quédese Vd., dijo la hermosa mujer; deseo continuar á su lado aunque sea un momento.

Me quedé.





III

— Mi curiosidad se desvaneció poco después, y el fastidio sucedió á esa inclinación que sentía hácia mi esposo, inclinación cuya causa comprenderá Vd. fácilmente. Permanecí un año en la más absoluta desesperación: todo me parecía pálido, frío, espantoso; no experimentaba goce alguno y la vista del hombre con quien me había unido me causaba ataques de nervios. Un dia pensé en el suicidio; en semejante situación de ánimo, esa idea no es de aquellas que se desvanecen fácilmente. Pasó el tiempo con inconcebible lentitud, y una tarde—había trascurrido

una semana—tomé un vaso de agua, diluí en ella una buena porción de fósforos y, cerrando los ojos, con resolución inquebrantable, absorbí de una sola vez el ponzoñoso licor.

—Oh! exclamé poniéndome pálido, como si asistiese á aquella escena terrible.

—En ese instante penetró mi marido, que acercándose á la mesa donde había preparado yo el veneno, tomó otro vaso y comenzó á beber; pero apenas tragó el primer sorbo, lanzó al suelo el vaso con gesto de disgusto y salió sin dirigirme una palabra, después de mirarme con expresión terrible. En toda aquella tarde no apareció en casa. Yo esperaba en vano los efectos de la disolución de fósforos, intranquila, llena de miedo, pero sin atreverme sin embargo á llamar un médico, temiendo morir, y temiendo más aún el ridículo de no llevar á cabo una empresa

con tanto valor emprendida. A cada minuto mi desasosiego crecía. Iba á volverme loca. . . Sin embargo, ningún síntoma de intoxicación se presentaba. . . .

—Y. . . .? pregunté ansioso por conocer el desenlace de aquella historia.

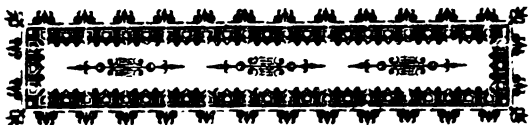
—Llamé por fin á un médico; examinóme atentamente, y concluyó por decir que, salvo una gran sobreexcitación nerviosa, estaba yo en perfecto estado de salud. Contéle mi envenenamiento, y no quiso creerme, fundándose en mil pruebas. Estoy convencida de que me creía loca, y eso me desesperaba, como es natural. Mi terror de la muerte, causa de la muerte muchas veces, no hubiera desaparecido hasta hoy, si no recibiera esa misma tarde una carta que decía poco más ó menos: “Señora, ha querido “Vd. envenenarme, impulsada quién sabe “por qué móviles; este acto odioso es de

“aquellos que nunca se perdonan. No
“quiero pedir contra Vd. el castigo de la
“justicia humana, por no ver mi nombre,
“puro y limpio de toda mancha hasta
“hoy, arrastrado delante de los tribunales
“por una aventurera como Vd. La jus-
“ticia divina lo hará. Entre tanto, mi
“desprecio hácia Vd. será eterno”. Y
firmaba mi esposo.

—¿De veras?—exclamé asombrado—
¿Y cómo?...

—¡Al cerrar los ojos habíame equivo-
cado de vaso y había bebido agua pura!
Mi marido era quien estuvo á punto de
envenenarse.





IV

—Yo no iba á dejar eso así—continuó.
—Munida de aquella carta me presenté á un abogado y entablé pleito contra mi esposo, que había desaparecido. Se le buscó, se le halló, gané el pleito, tuvo que devolverme mi dote y señalarme además una renta vitalicia, bastante para subvenir á todas mis necesidades. En seguida me presenté á la Curia, entablando demanda de divorcio.

—Y qué deseaba Vd al hacerlo?—pregunté.

—Vengarme!

—Cómo vengarse?

—Claro! Mi marido se separó de mí *sans éclat*, sin pedir “mi castigo” á la humana justicia, por no ver “su nombre limpio y puro” arrastrado por una “aventurera” como yo, y haciendo ruido al rededor de la cosa, conseguía vengarme, poniéndole en el ridículo más completo.

Permanecimos ambos un momento en silencio.

Las suaves notas de la caída de la tarde del primer acto de “Mefistófeles” infundían en todos los espectadores un respeto mezclado de melancolía.

—Y, perdóneme, señora, la pregunta, murmuré al fin, ¿por qué me ha relatado Vd. esa historia?

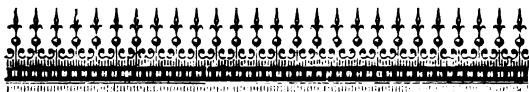
—Vd. escribe cuentos y aprovechará el argumento que le doy, ayudándome en mi venganza. Tal es la razón.

Y tal es también la de que haya olvidado el apellido de Clelia.

No soy ciego instrumento de venganzas femeniles.







El la adoraba. Desde que la conoció no había dejado de pasar por delante de sus balcones, con la esperanza de verla.

Pero era la esposa de un amigo! . . . Su amor debía ser ahogado en su pecho! . . .

Sin embargo, la bella Carmen parecía corresponder á esa pasión. Al pasar él, sonreía, dejándole ver sus dientes que, si no eran perlas, eran sin duda los más hermosos que se hayan visto nunca.

En vano trató Rodolfo de olvidarla. Siempre la imagen de esa mujer aparecía

ante su vista con toda la tentadora belleza del original.

Por fin resolvió tomar un partido desesperado, antes de olvidarse de las leyes que la amistad impone.

Se alejaría de Carmen para siempre!

¿Tendría las fuerzas necesarias para ello?

¿Y cómo no tenerlas? ¡Era un hombre!

Un vapor se preparaba á salir para Europa á los pocos dias, y Rodolfo decidió embarcarse en él, para que el Océano lo separara de sus amores imposibles.

Y no hay que extrañar que así lo hiciese: gozaba de una renta bastante grande, y de tiempo atrás mantenía el deseo de dar un paseo por el viejo mundo, para poder dar cuenta y razón de lo que es aquello, y contar sus viajes en alguna tertulia de confianza, donde sería, sin duda, admirado como tantos otros, que

no tienen más mérito que haber visitado París ó Londres.

Así es que tomó pasaje, preparó sus maletas, y derramando una lágrima, envió al partir y con la mente un beso, el último, á la hermosa Carmen, que había turbado con un amor imposible su existencia, antes tan tranquila.



. . . El vapor surcaba rápidamente las aguas del Rio de la Plata, muy cerca ya de la línea que las separa de las del Océano.

Rodolfo, en su camarote, dejaba vagar su pensamiento, que traía á su imaginación, como siempre, la imagen de la mujer adorada.

El joven se ahogaba en el estrecho recinto.

La luna, brillando en el cielo, rielaba en la crespada superficie del río.

La noche clara y serena convidaba á amar.

La cubierta hallábase solitaria.

En el salón oíanse las voces de varios pasajeros, que pasaban el rato riendo y divirtiéndose.

—¡Cuánta lástima experimentaba Rodolfo hácia ellos!

¡Pobres seres, incapaces de amar, perdidos en el bullicio del mundo, sin recordar siquiera que tienen un alma y un corazón!

¿Para qué vivir sino para el sacrificio?

¿No es sublime pasar la existencia atormentado por un amor sin esperanza, ofreciendo en holocausto, en el altar de la mujer querida, todos los sufrimientos, todas las aflicciones que nos aquejan?

Rodolfo lo creía.

Él, que abandonaba su tierra natal con el fuego de una pasión en el pecho, solo por no hacer desgraciada á una mujer y no engaña á un amigo.

Preocupado por estos pensamientos, salió de su camarote y púsose á pasear sobre cubierta.



De pronto vió una sombra blanca que paseaba también al otro extremo del vapor, bañada por los rayos de la luna y respirando melancolía.

Con la cabeza inclinada sobre el pecho, el cabello suelto y las manos caídas y cruzadas, Rodolfo la comparó instantáneamente á la dulce Ofelia.

El joven se acercó

Cuando estuvo á pocos pasos de la blanca viajera, lanzó un grito de sorpresa y alegría

—¡Ella! exclamó.

El vapor seguía rápido, surcando ya las aguas del Océano inmenso.

—Caballero! murmuró la joven.

El primer paso estaba dado; el hielo quedó roto.

Rodolfo no guardó más el silencio.

Pintó con bellos y vivos colores su pasión intensa.

Luego pasó á utilizar las tintas sombrías de su paleta, y habló de sufrimientos, de pesares, de muerte

Por fin, volvió al punto de partida.

—Angel mio! Dios lo quiere! ¡El destino nos arroja uno en brazos de otro!
¡Nada habrá que nos separe!

—Mi esposo está en el salón!

—Oh! le mataré y beberé su sangre! . .
Pero no! le he jurado amistad eterna. ¡No puedo ser un infame! . . .

Ambos se tomaron de las manos.

Brillaban en sus ojos los resplandores de la pasión, pero de la pasión sublime, celestial . . .

—Te amo! murmuró ella.

—Oh! y yo! . . .

Y hubo un instante de silencio, que decía más que todas las palabras.



—Pero . . . mi esposo! —dijo de pronto la hermosa jóven.

—Oh! no le faltaremos! Te amo tanto, dulce alma mía, que no quiero ver tus álas de ángel manchadas con el sucio cieno de la impureza! . . . estaremos estrechamente unidos dentro de poco tiempo y para siempre.

—Qué intentas?

—Ya lo verás.

Y Rodolfo corrió á su camarote, trayendo poco después una larga cuerda, fina

y fuerte, que había visto en él esa misma tarde.

—Ves? preguntó.

—Sí!

—Comprendes?

—Oh! sí!

El joven acababa de señalar el Océano negro, sin fin.

—Ven... aquí... juntos los dos.

Y el pobre loco empezó á atarse fuertemente á ella.

—Ah! gritó Carmen.

—¿Lo quieres? preguntó él, temiendo que se opusiese á su proyecto.

—Sí!

—Estaremos siempre unidos!

Ya estaban ligados ¡uno á otro.

El mar susurraba sordamente, lamiendo los flancos del buque poderoso.

La luna alumbraba con su luz ténue, semejante á un velo de blanca gasa exten-

dido sobre el espacio azul, aquella escena de amor frenético. . . .

Y ambos, fuertemente abrazados, comenzaron á adelantar, tranquilos, hácia la tumba líquida que los esperaba, que parecía llamarles.

Un instante. . . . dentro de un segundo todo habrá concluido para siempre! . .

Llegaron á la borda. . .

Un beso resonó en el espacio.

Luego un grito agudo rompió el silencio de la noche, las aguas recibieron su presa, y todo tornó á quedar mudo en el Océano inmenso.
.



La persona que me relataba este suceso continuó así:

—El buque estaba silencioso. Era ya tarde. Sólo nosotros velábamos, con el

pensamiento fijo en la muerte, que iba á unirnos para siempre.

“Dudé un instante, pero luego me resolví; mi brazo ciñó la cintura de Carmen, me apoyé en la borda de estribor, cerca de la popa, y miré á todos lados. Silencio y oscuridad. Bajo mis plantas se agitaba la negra sombra del Océano. . .

“Miré á Carmen: estaba pálida, pero resuelta.

“Acerqué mis labios á los suyos y sonó un beso, el primero. . . el último.

“Luego me lancé al agua arrastrando á mi hermosa compañera.

“Sentí un frío contacto, mis oídos zumbaron, mi boca entreabierta bebió la onda amarga, mis brazos se agitaron convulsivamente, y solté mi presa, que no pudo separarse á causa de las ligaduras que la sujetaban á mi cuerpo.

“Yo la sentía junto á mí, debatiéndose

entre las ánsias de la muerte, pero ¡cosa extraña! no me importaba de ella. Deseaba salvarme. . . .

“Dos segundos después la brisa de la noche acarició mi frente, y escuché á lo lejos esta frase, repetida varias veces:

“— ¡Hombre al agua! ¡Hombre al agua!

“Acababa de subir á la superficie.

“Me agité desesperadamente para conservarme así, pero Carmen me estorbaba con movimientos desordenados y convulsivos.

“Y nos sumergimos otra vez. . .

“En seguida ignoro lo que pasó.”



—“No me doy cuenta de cómo fué; pero la verdad es que nos salvaron. Cuando volví en mí, me encontré sobre cubierta, rodeado por todos los pasajeros. El

médico de á bordo prestaba sus servicios á Carmen que, en los brazos de su esposo, parecía haber exhalado ya el último suspiro. Poco después ví que se movía.

“Abrió un ojo, luego el otro, después miró á su alrededor, vió á su marido, que la estrechaba contra su pecho, y lanzó un ¡ah! de satisfacción.

A mí me vió también, pero volvió el rostro indignada, con expresión de rabia. Nunca volvió á dirigirme la palabra, y no me perdonó jamás nuestro común suicidio.

“Su esposo me desafió, pero no juzgué conveniente exponer de nuevo mi vida, y en el primer puerto puse piés en polvorosa” . . .

—El romanticismo ha muerto! exclamé tristemente.

—Es la verdad, agregó mi interlocutor lanzando una carcajada.

NAPOLEON



I

El niño y el perro eran amigos, muy amigos.

Noche y día estaban juntos, compartiendo los juegos, las alegrías y los pesares.

Cuando Julito se sentaba á comer, Napoleón, apoyado en sus patas delanteras y lamiéndose los labios, seguía con ávida mirada los movimientos del niño, como solicitando no ser olvidado con sus ojos grandes é inteligentes.

Si alguna vez acontecía que los padres encontraran mal una acción de la inocente criatura y le hablaban con dureza, to-

maba el perro tal expresión de pesar, intercedía por su amigo tan humildemente, lamiendo la mano del que lo reprendía, que el castigo era conmutado al punto.

Parecía que el inteligente animal no tuviese más aspiración que la de demostrar su cariño hácia su pequeño compañero.

Entre las diversiones más queridas de los dos amigos, una era la que más placer les causaba.

Julito descendía al patio, con una pelota de goma en la mano, y la arrojaba al perro, que corría tras ella saltando y brincando, haciéndola rodar, hasta que, ya jadeante, la tomaba cuidadosamente en la boca, é iba, meneando la cola, á entregarla á su amigo, que reía feliz al ver las hazañas de su Napoleón.

En estas diversiones pasaban los alegres días de la primavera el niño de

cabello rubio y ojos azules, y el perro de negra y rizada piel.

Cuando llegó el verano con su sol esplendoroso, reuníanse también al caer la tarde, cuando el calor cesa, para entregarse á su juego favorito.

Pero, ¡ay! tocó el turno del invierno frío y triste, y ni el niño ni el perro bajaron más al patio, ni lo alegraron con sus gritos de placer.

Napoleón permanecía día y noche junto á la cama de Julito, postrado en ella por una enfermedad terrible.

El perro, herido por la desgracia del niño, no tenía un momento de expansión; sus ládridos no saludaban ya á las personas de la casa cuando volvían de la calle, ni iba al comedor á solicitar, seguro de no ser rechazado, las succulentas piltrafas que hacían sus delicias.

Allí estaba de continuo, junto al lecho

de su compañero, devorado por la fiebre; contemplando con tristeza su semblante pálido y amarillo, en que no brillaba ya la sonrisa inocente y alegre que le hacía dar en otras horas más felices enormes saltos, demostración tácita de su contento . . .





II

Un día, uno de aquellos en que el viento descorre la espesa cortina de las nubes y nos muestra el sol de invierno, cuyos rayos apenas comunican á la tierra un dulce calor, pero que hacen que la alegría renazca en el alma, la enfermedad del hermoso niño se agravó.

Los médicos no daban esperanzas, y los padres, afligidos, en su dolor inmenso, no tenían fuerza bastante para acallar los sollozos que destrozaban su pecho, y lloraban desesperadamente en torno del niño, que nada oía ya.

Napoleón, echado á sus piés, erguida la cabeza, mirábalo fijamente, y sus ojos

estaban húmedos, como si las lágrimas se hubieran agolpado á ellos.

La tarde caía. El sol, oculto en Occidente, no iluminaba ya el cielo tranquilo y puro. Una que otra estrella aparecía en el azul del firmamento, pálida aún entre las claridades tristes del crepúsculo.

En aquella habitación todo estaba en silencio. Sólo se escuchaba la respiración dificultosa de Julito, que yacía entre las blancas ropas de su lecho, pálido, con esa palidez desesperante del niño moribundo.

De pronto Napoleón lanzó un aullido lastimero, lúgubre, prolongado, y levantándose fué á apoyar sus patas en el borde del lecho, lamiendo cariñosamente la mano yerta de su amigo.

El niño acababa de exhalar el último suspiro...

El dolor de los padres era inmenso, indescriptible.

Pintar su desesperación, es imposible; hay dolores que sólo habiéndolos sufrido pueden imaginarse. . . .

La luna apareció en el horizonte, y un rayo de su luz indecisa y melancólica bañó las facciones dulces del niño que dormía para siempre. . . .





III

Pasó el tiempo.

Napoleón era ya viejo y apenas podía moverse. Otros niños, hermanos de Julio, habían venido, pero él ya no se entregaba á los bulliciosos juegos de otros años. Parecía devorado por una honda melancolía desde la muerte de su amigo.

En cuanto á los padres de Julito, habían ya cicátrizado sus heridas, y daban todo su amor á los recién venidos, que el perro, viejo y enfermo, miraba tristemente desde la puerta de su casita de madera, con sus ojos muchas veces llenos de lágrimas.

Y ¡cosa extraña! pocas veces abandonaba aquel estrecho recinto, y, á la noche oíasele aullar tristemente, pero quedo, muy quedo, como si temiese llamar la atención de los demás habitantes de la casa.

Cuando alguien se acercaba á aquel cajón de madera, pintado de verde, donde Napoleón dejaba pasar los entonces negros dias de su vida, un gruñido de enojo hacía retroceder al indiscreto. . .

Un dia, cumplían más de seis años desde la muerte de Julito, el perro no apareció, sin que nadie hiciese caso en el primer momento.

Al dia siguiente se le buscó, hallándolo por fin en el cajón verde.

Parecía dormir, tranquilo, echado sobre las duras tablas; cuando le tocaron no se movió.

Tratóse de sacarlo, consiguiéndose por

fin; pero Napoleón no era ya más que un cuerpo inerte.

Había muerto, pero hasta durante su agonía no olvidó á Julito, el niño de blonda y rizada cabellera á quien acompañara en los bulliciosos juegos infantiles.

No lo había olvidado.

En su boca tenía cuidadosamente, como en años que fueron, cuando corría por el patio escuchando lleno de contento la vocecítâ de su amigo, una pelota, la misma de entonces, que había conservado durante largo tiempo como un tesoro, allá, en la oscuridad de su casita de madera pintada de verde!



EVA

La tarde, que se apaga, va dejando sumidos en la oscuridad los árboles, la tierra, el cielo... La noche avanza paso á paso, adormeciendo al ave en su caliente nido. Todo es silencio.

Poco á poco las últimas luces del crepúsculo desaparecen, y las estrellas comienzan á brillar melancólicas. En el punto en que el sol se ha ocultado no se ve ya la lista roja, que fulguró allí breves instantes; una claridad confusa, apenas perceptible, ocupa su lugar.

Y nuestros padres, arrojados del Paraíso por el Ser Supremo, buscan en vano un sitio donde guarecerse para pasar la

noche, pues el ángel de la espada de fuego no les permite volver á esa glorieta natural formada por los corpulentos árboles del espléndido jardín—casa primera del hombre—donde, al anochecer, solían dormirse estrechamente unidos, sobre el lecho de yerbas, blando y perfumado.

—Siéntate aquí, desgraciada compañera mía, dice Adan, triste y sombrío; siéntate aquí mientras busco algún árbol cuya sombra bienhechora nos proteja. Debes estar cansada; tus débiles miembros no han sido hechos para soportar la fatiga.

Pero ella no accede; su deseo es acompañar al hombre mientras le sea posible dar un paso, y juntos emprenden nuevamente su camino, buscando un sitio donde guarecerse.

Pero los árboles parecen rechazarlos; bajo su copa la tierra está húmeda y fría.

Después de largo rato, durante el que caminan en silencio, el hombre vuelve á hablar:

—Siéntate aquí, Eva, dice, mientras busco en la orilla del río alguna alta roca cuya base haya sido socavada por las aguas. Ella será más generosa y nos ofrecerá un abrigo.

La mujer, animosa y abnegada, no quiere abandonarlo y sigue caminando al lado suyo.

Pero las altas rocas parecen rechazarlos; las ondas del río ocultan todas sus excavaciones.

De nuevo rompe Adán el silencio:

—Descansa, mientras busco alguna gruta en la montaña que nos ampare contra las crueldades de la brisa.

—No, dice Eva. Marcharé contigo.

Y juntos vuelven á emprender la marcha, encontrando las grutas de la montaña

erguida ocupadas por fieras que rujen llenas de rabia al sentir que se acercan sus amos de ayer, sus enemigos de hoy . . .

La primera luz del alba encontrólos buscando aún dónde cobijarse. Los pájaros, ajenos al acontecimiento que acababa de cambiar el destino del mundo, saludaban la llegada del sol con dulces trinos.

—Debes estar muy cansada! dijo Adan.

Ella, por toda respuesta, enjugó con su larga cabellera, negra como el ébano, las gotas de sudor que empapaban la frente de su esposo.

Ambos se sentaron, por fin, sobre la verde yerba, y cuando los primeros rayos del sol iluminaron el mundo, las aves que cruzaban volando la extensión del cielo pudieron ver á Adan dormido con la cabeza reclinada en el regazo de Eva, que velaba su sueño.

Y el Señor, desde las alturas, vió complacido que la débil mujer se convertía en el consuelo y en el apoyo del hombre fuerte y robusto, vencido ya en el primer combate de la vida.







Digna de ser feliz, buena hasta la santidad, humilde, cariñosa, amante; tal era Clara.

“Pero el destino le había señalado crueles padecimientos!

“Amaba á su Marcelo con locura, pero, desgraciada! no alcanzó nunca de él la más sencilla palabra que denotase un poco de ternura hácia ella.

“Porque era fea, horriblemente fea!”



“Sin embargo, eran amigos, y él depositaba en su pecho la pasión que sentía por

Ema, la bella hija del rico señor feudal.

“Y ella escuchaba paciente esas largas confidencias, feliz cuando le veía dichoso, desgraciada cuando escuchaba, en la soledad, la voz de su rival preferida, que parecía reírse de sus penas!”



“Pero, una noche, Marcelo vió entre sueños, un ángel hermosísimo que, acercándose á él, depositaba en su frente un beso de amor, mientras decía:

“¿No sabes? Yo soy Clara, tu Clara, la mujer que más te ama, pero que ha tenido su amor oculto en el pecho, esperando que su fealdad desapareciese.”



“Cuando despertó fué á ver á Clara, pero solo halló un cadáver yerto y frío.

“La bellísima figura que contempló durmiendo, era el alma de la infeliz mujer que tanto le amó en silencio!”



Así cantaba el trovador, acompañándose en el laud, en el majestuoso salón del castillo, cuando el viejo conde, levantándose, le hizo callar, y con voz ronca dijo:



Y cuentan que al morir la bellísima Ema, el jóven vió, á la noche, cruzar ante su lecho una horrible vision.

Y es que la belleza imperecedera tan solo existe en el alma.





EL JURAMENTO





A MARIANO DE VEDIA

I

Fran jóvenes y se amaban loca, inmensamente, sin que jamás hubieran pensado en que la desdicha pudiese apoderarse de sus corazones, llenos de fé y de esperanza. Pero el padre de Margarita tenía sus planes para el porvenir, y soñaba con espléndidos palacios y fortunas incalculables, sin parar mientes en lo que á su lado sucedía, por más que considerara á la niña como lámpara maravillosa que había de convertir en realidades todos los deseos de su mente.

II

Margarita y Luis jurábanse entre tanto amor eterno, sin apereibirse de que les amenazaba la suerte con rudos golpes, así como el pescador, entregado á su faena, no ve la nubecilla que se cierne sobre su cabeza, engrosando á cada minuto que pasa, silenciosa y triste, pero llevando en su seno la tormenta que puede hacer zozobrar con su hálito gigantesco la pequeña barca, frágil y descuidada en medio de las olas rumorosas.

III

Por aquel tiempo un hombre viejo y poderoso vió á la bella Margarita en un paseo, y sintió arder la ya cansada sangre en sus venas de pergamino, como en los alejados días de su juventud, en que su corazón amante latía con violencia al contemplar la reina del mundo, la hermosura,

engendradora de deseos confusos y de pasiones terribles, de la ambición noble y la abyección infame, del amor-adoración y del amor-orgia.

IV

Súpolo el otro anciano, que consideró que sus deseos estaban á punto de realizarse, gracias á las inmensas riquezas encontradas en la apostura de su hija, que iba á ser la no explotada isla de Monte-Cristo, de donde saldría para él la omnipotencia del dinero, dégenerador y regenerador del mundo, fuente de todo bien y todo mal, manzana del Paraíso que da el saber á cambio de la inocencia.

V

Pusiéronse ambos de acuerdo, resolviendo que la boda se celebraría pocos días después, á fin de no dilatar el plazo

de la felicidad de los dos egoístas, que no pensaron ni por un instante en la pobre mujer de cuyo destino disponían, sin preguntarse siquiera si le ocasionaba un bien ó un mal, ni si tenían, ó no, derecho de marcar un rumbo á su vida, como se señala un derrotero á la nave, sin consultarlo con ella.

VI

Margarita y Luis jurábanse entre tanto amor eterno, sin apercibirse de que les amenazaba la suerte con rudos golpes, así como el pescador, entregado á su faena, no ve la nubecilla que se cierne sobre su cabeza, engrosando á cada minuto que pasa, silenciosa y triste, pero llevando en su seno la tormenta que puede hacer zozobrar con su hálito gigantesco la pequeña barca, frágil y descuidada en medio de las olas rumorosas.

VII

Cuando supo que la ordenaban casarse con un hombre á quien no quería, la hermosa y purísima doncella lloró sus ilusiones desvanecidas, sus castos ensueños de amante vírgen, y los lloró con lágrimas amargas, tan amargas como las ondas del inmenso mar, en cuyas orillas se levanta su pequeña casa, blanca como las gaviotas alegres y vocingleras que vuelan mansamente á su alrededor, mirándola como á una hermana querida.

VIII

Y fué á reunirse con el amado de su alma, allá, en la orilla del Océano, tan inmenso como su desdicha, y ambos pasaron largas, muy largas horas escuchando el murmullo de las ondas espumosas, que parecían quejarse dulcemente, como aman-

tes abandonados y sin consuelo que lloran la ausencia de su amado.

IX

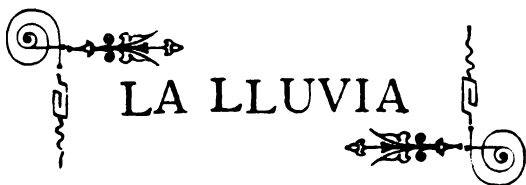
— Oh! te juro! murmuró la hermosa virgen levantando los ojos al cielo, que era su copia, te juro, dulce amado mio, que solo tú serás mi esposo, y que no lo aceptaré á él, mientras la sedienta arena no haya bebido hasta la última ola de este mar inmenso, inmenso, inmenso, como mi amor hacia ti, dulce amado mio, mi amor inextinguible como el sol, melancólico y tierno como la luna en las noches claras y silenciosas.

X

Y el anciano que amaba á la hermosa virgen, llegó á ellos en un instante, devorado por los celos espantosos que roían su corazón como lobos hambrientos, y ella se

entregó á su amado en su presencia, diciéndole: "Atrévete á separarnos, ahora
"que nuestros cuerpos están tan unidos
"como lo estaban nuestras almas, ahora
"que los dos somos uno, ahora que la vír-
"gen tímida y candorosa se ha convertido
"en mujer".







Ella estaba sentada al lado del balcon. El, apoyado en la silla, miraba por encima de sus hombros la lluvia que azotaba los cristales, cayendo después á lo largo de las paredes.

De cuando en cuando un suspiro hinchaba su pecho.

Ella permanecía muda, ensimismada, contando los grandes botones de su largo peinador color de rosa.

Su cabellera desprendida, iba cayendo en brillantes ondas por su espalda, hasta llegar casi al suelo.

De pronto dió vuelta la cabeza y lo miró fijamente.

—Cárlos, dijo con esa voz suave que tenía cuando estaba triste.

El fijó en ella sus ojos, pero no contestó
Ya se había apagado en su pecho la llama que lo devoraba antes de casarse.

Ella volvió á contar sus botones, y sus pequeñas manos estrujaron el pañuelo de fina batista.

Después de tres meses esa era la primera vez que su marido la acompañaba el domingo.

Pero estaba lloviendo y esa era la causa.
¡Oh! Bien lo sabía ella! Cárlos no la amaba ya!

Y siguió en su preocupación, mientras su marido miraba la lluvia, aspirando el perfume de sus sueltos cabellos, capaz de reanimar el amor en un corazón que no fuera el suyo.

Largo rato pasó.

De pronto, de sus negros ojos, velados pudorosamente por sus largas pestañas, salió tímida, avergonzada una lágrima de fuego.

Él seguía mirando la lluvia.

Tras esa primera revelación de sentimiento, comenzó á correr el llanto por las mejillas de Leona, pero dulcemente, así como corren las lágrimas del que no se atreve á llorar.

Al fin él la miró.

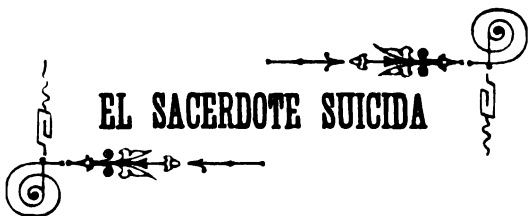
—¿Lloras? le dijo.

Ella permaneció un instante en silencio.

Luego, alzando sus hermosos ojos, los fijó en el semblante de su marido.

—Sí, respondió secándose las lágrimas como avergonzada. Sí, Carlos, lloro, y mis lágrimas debieran ser de aquí en adelante la lluvia que te impida salir.

El no apartaba sus ojos de ella. De pronto se inclinó y besando los brillantes cabellos de Leona, ocultó una pequeñísima lágrima que pugnaba por salir de sus párpados.





I

Era poeta: lo hicieron sacerdote.

Cuando niño gustaba de engolfarse en largas meditaciones, en sueños sin forma, aspiraciones de lo ignoto, ánsias de infinito.

Vagaba sin rumbo en las calladas soledades, escuchando ese sublime acorde de la naturaleza que ningún maestro ha podido trasladar á la pauta imprimiéndolo en los caracteres de la música.

Para los espíritus vulgares, la vaguedad del ensueño poético es confundible con la del raptó místico: la poesía, hija

de la religión, se parece á su madre y solo un ojo experto puede distinguirlas.

Esto fué lo que ocurrió á los padres de Luis, que desde sus más tiernos años fué dedicado á la carrera eclésiástica.

II

En sus insomnios de asceta experimentaba sentimientos extraños: creíalos infundidos por el respeto á la divinidad, y soñaba despierto con los majestuosos salmos, esa poesía de las pasadas edades, “mitad imprecación, mitad sollozo,” como dijo el poeta; sentía un vacío en su corazón y—en su sencillez—atribuía-lo á la distancia entre Dios y el hombre, al abandono de éste en el mundo, á la imperfección del espíritu, deforme y pequeño. . . . Ese vacío hacía su desesperación, en sus largas meditaciones, cuando buscaba la clave del enigma, sin dar nunca con ella,

y llegando siempre al *misterio*, esa palabra inventada para consuelo del pensador.

Y siempre al *misterio* llegaba en su infinito afán de saber, y misteriosos eran los deseos que sentía sin darse cuenta de ellos.

III

Un día, un bello día, creyó entrever una parte de ese misterio oscuro: desde entonces dióse cuenta de lo que podría ser la divinidad.

Al salir del templo vió entrar en él á una mujer, un ángel rubio de ojos azules....

¿Qué fué lo que sintió?

Es imposible explicarlo; pero cuando á la noche y en el silencio de su celda, quiso entregarse á la oración, no pudo conseguirlo; su mente emprendía el vuelo

hacia ignoradas regiones, como en los días de la infancia cuando vagaba por las calladas soledades, viviendo con la vida deliciosa del ensueño. . . .

¿Qué sentía; qué hacía latir su corazón con tal violencia; qué lo obligaba á soñar despierto, apartándole de la oración; qué le hacía parecer estrecha su celda, que creyó alguna vez demasiado grande para contener la pequeñez de su persona carnal y espiritual, cuando, cara á cara con su Dios, se examinaba llamándose vil gusano?

Encontraba su alma más grande, más fuerte, sabíase hombre, él que nunca había pensado en sí mismo sino reflejamente, comparándose al infinito y viéndose pequeño.

¡Oh! Había cambiado mucho con la sola contemplación de la hermosa jóven que halló al salir del templo. Ya no era

el sacerdote austero que maceraba su cuerpo; era el hombre que comprendía que, para vivir en la tierra, es necesario unir el espíritu á la carne; el hombre que sabía que el cuerpo es el lazo de unión de las almas.

IV

Volvió á verla casi todas las mañanas, y era dichoso contemplándola, como lo fué en otro tiempo extasiándose á la vista del Crucifijo tosco de su celda, testigo ahora de todos sus pensamientos de amor, porque era amor lo que sentía. ¿Se lo explicaba él? ¿Quién sabe! Posible es que no, pues no trató jamás de desechar sus pensamientos, creyéndolos inocentes, aun más: naturales. El amor es una necesidad de los espíritus sanos y fuertes.

Ya en sus largas meditaciones, mientras oraba, Dios y *ella* aparecían juntos á

su imaginación, sin que él se asombrara por ello.

Para comenzar á comprender á Dios es necesario que el corazón experimente sentimientos como el que quitaba el sueño al jóven sacerdote.

V

Un dia sintió sobre su cabeza algo como el derrumbe de todos sus ensueños. Él, que se había apartado del mundo, tuvo que sufrir el dolor espantoso de recordar que en él habitaba. . . .

Ese dia el templo estaba adornado con multitud de olorosas y frescas flores y desde temprano comenzó á notarse en él una animación nada común.

Tratábase de un casamiento, en que Luis tenía que officiar.

Cuando, al entrar los novios á la iglesia, dejó el órgano oír su majestuosa voz, el

sacerdote tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no caer. . . .

Allí, en la espaciosa nave central, vestida de blanco y cubierta de azahares, acababa de ver á la hermosa jóven de cabellos rubios y ojos azules, el ángel que contemplaba junto á Dios en sus largas meditaciones en la celda solitaria y silenciosa. . . .

VI

La ceremonia terminó, y la concurrencia fué retirándose poco á poco. El día terminaba.

Luis había quedado mudo é inmóvil, de rodillas ante el altar mayor, con la cabeza reclinada en el pecho y las manos juntas.

¿Oraba?

No.

Su cerebro, sacudido por la emoción inmensa que recibiera aquel día, había

perdido la noción de lo real, y engendrabas ideas espantosas que, reflejándose en el semblante del joven sacerdote, lo tenían de mortal palidez.

Sus ojos, fijos, sin luz, parecían querer saltarse de sus órbitas, y en su boca, seca por la fiebre, los dientes se chocaban entre sí como los del epiléptico en un acceso de su terrible enfermedad.

Cuando las sombras de la noche envolvieron el mundo, Luis abandonó el templo con paso precipitado, dirigiéndose á las deshabitadas orillas del río.

Solo allí detuvo su marcha.

Las ondas mansas lamían la arena de la playa, murmurando algún himno desconocido; la luna majestuosa y pálida paseaba su carro de estrellas por el firmamento azul; ni un rumor más que el del viento al impulsar las espumas blancas y vaporosas, oíase en aquella soledad augusta. . . .

Luis se detuvo allí un momento, contemplando la hermosura de la naturaleza.

¡Iba más allá!

Algo cayó de pronto en las aguas del río, oyóse una palabra, luego nada

De Luis nadie volvió á saber

VII

¿Hizo bien? ¿Hizo mal? ¿Hay derecho para poner fin á una existencia?

Por algo nos ha dejado el Señor poder bastante para hacerlo.

En cuanto á Luis, él tiene su defensa.

¡Quién sabe cuánto sufrió aquella alma en su corto viaje por la tierra!

Sus tormentos espantosos, que á nadie es dado describir, fueron sin duda demasiado grandes para que este pobre espíritu del hombre pudiera sufrirlos.

Era poeta: lo hicieron sacerdote.

  ANTES QUE TE CASES...  



I

UNA CONVERSACIÓN

Por su asiduidad (decía la hermosa rubia que, reclinada en un sofá, jugaba negligentemente con sus largas y gruesas trenzas) por su asiduidad se comprende que está enamorado de tí como un loco. Francamente, da risa!

— Pero no sucede lo mismo con su dinero, agregó la hermosísima morena, clavando en su amiga sus grandes ojos negros.

— Quién de eso se riera, merecería ser llamado tonto por toda una eternidad. Tres millones de nacionales no es cosa

de burlas; como que pueden dar una renta de....

— Doce mil quinientos pesos nacionales al mes, al cinco por ciento de interés anual; he hecho muchas veces la cuenta y recuerdo bien la cifra, murmuró Lucila, la tentadora morena que estaba en vísperas de realizar el más pingüe de los negocios.

— Entonces.... no hay que pensar, dijo Eloisa, tanto más cuanto que su carácter débil y su amor hácia tí pondrán en tus manos el gobierno de la casa. Solo veo una nube en el cielo de tu felicidad....

— ¿Quieres hablar de los hijos de Juan?

— Sí.

— Ya tengo tomadas mis medidas al respecto; una vez casados enviaremos al varón á Londres, para que se eduque á la inglesa; no quiero tener reyertas y

disgustos, porque el chicuelo tiene el mismo carácter ágrío de su tío, ese militarote, que Dios confunda.

— Y la niña? Supongo que no la tendrás junto á ti.

— Ni por pienso! Ya sabes el refrán: *Madrastra, el diablo la arrastra*. Los extraños hallan motivo para decir que uno maltrata á las criaturas de su esposo y, francamente, me haría daño que dijeran que no quiero á Isabel como á una hija. Así es que Juan y yo hemos decidido ponerla en un colegio de monjas, hasta que llegue á la edad de casarse. Entonces... le buscaremos un marido á la medida de nuestros deseos, algún buen muchacho... En fin, trataremos de que sea feliz.

Eloisa lanzó una carcajada, y en tono de broma repuso:

— Y tú, entre tanto, vivirás tranquila-

mente con tu esposo, disfrutando de tu rentita mensual y arrastrando un lujo de reina. ¡Excelente proyecto! ¡Si me tocara á mí también un millonario!....

Lucila miró á su amiga con la sonrisa en los labios, cerró un ojo maliciosamente y dijo:

— Busca. La cosa no es tan difícil, dándose maña. Eres hábil, ayuda á la fortuna y serás ayudada por ella.

En aquel momento penetró un jóven elegantemente vestido en el saloncito que ocupaban las dos hermosas mujeres, y dirigiéndose hácia Lucila se arrodilló junto á ella, y tomándola la mano la besó con respeto cómico.

— Hermosa dama, dijo, aquí me tenéis rendido á vuestras plantas, después de haber cumplido con la misión que me habéis confiado y....

— Levántate y déjate de bromas, in-

terrumpió Lucila riendo. Cuenta seriamente lo que has hecho.

— ¿Tú crees que es capaz de hablar con seriedad? preguntó Eloisa. Eso está demostrando que no le conoces. Aparte de modas, trajes y sombreros, nada es capaz de llamar su atención un solo minuto.

— Oh! mujer fementida y proterva! ¿Por qué hacéis que nazca la duda en el confiado corazón de mi Lucila, que tiene fé en el amor que por ella siento? ¿Por qué con frase artera, con intención malvada, queréis hacerla creer que soy un hombre inconstante, cuando me habéis visto humillado ante sus plantas durante largos años, sin que en mi pecho lleno de ardor haya amenguado nunca la llama que me devora, me martiriza, y me abraza? ¿Por qué....

Iba á continuar, pero una mano de Lu-

cila le cubrió la boca, imposibilitándolo para hacer uso de la palabra.

— Adolfo, por Dios! dijo. Cuenta cómo has llevado á cabo la comision que te encargué. Eso es lo importante. Déjate de tonterías.

— Sí; ¿qué dijo el criado? agregó Eloisa.

— Poca cosa.

— No conseguiste? . . . murmuró Lucila, como si temiese.

— Ya lo creo!

— Hablará, entonces?

— En un principio rechazó mis proposiciones, fingiendo indignación. Pero luego . . . untándole un poquito la mano . . . ya se ve . . .

— Accedió? exclamó Lucila demostrando en su acento el interés que tenía en la negociación.

-- De mil amores!

— Y me dirá ?

— No ha de moverse una mosca en casa de tu don Juan

— Lanas, interrumpió Floisa.

— Tenorio, sin que tú lo sepas. Vive descuidada, palomita sin hiel, que tu *joven* prometido no podrá faltarte sin que su falta llegue á tu conocimiento.

— Bravo ! Mereces un premio !

— ¿ Me lo darás ? preguntó Adolfo con marcada intención.

— Quién lo duda, dijo Lucila, sonriendo.

— ¿ Cuándo ?

— ¡ Eso no se pregunta !





II

DON JUAN LOPEZ

Era un pobre hombre en toda la extensión de la palabra, aunque sus casas se podían contar por docenas y su dinero por millones.

Viudo desde algún tiempo, en un principio no se ocupó más que de sus dos hijos, un varón y una niña, cuyo cariño compartía con su hermano Pedro, un antiguo militar que pasaba ya de los cuarenta y cinco y que tenía más heridas que años.

Pero don Juan, á pesar de ese amor hácia sus hijos y aunque había dejado ya

muy atrás el medio siglo, era aún juguete de las pasiones.

Una tarde vió á Lucila en un paseo y, prendado de ella, la siguió hasta su casa.

La rondó durante largos meses, hasta que la jóven dióle pretexto para que trabase relaciones con ella, pues tras de la ridiculez del galán había entrevisto los millones de que era dueño, y no juzgó digno de ella abandonar presa tan rica y tan fácil al propio tiempo.

En vano don Pedro, que era hombre de más alcances, trató de hacerle ver cuán fuera de lugar estaban esos amores de la vejez, tanto más cuanto que tenía dos hijos á los que debía dedicar todo el resto de su vida.

Don Juan estaba hecho una hoguera, y no quiso atender reflexión alguna.

Así es que una noche se acercó á Lucila y, trémulo de emoción, le confesó su pa-

sión inmensa é inextinguible, pidiéndole su blanca mano, símbolo para él de la felicidad eterna.

Ella, que no deseaba otra cosa, hecha una grana, contestó, balbuceando, con la vista modestamente clavada en el suelo, y tan llena de rubor como la virgen que escucha por vez primera la palabra ardiente de un joven enamorado.

La boda quedó resuelta, con gran enojo de Pedro, que temía—y con razón—por sus sobrinos, que iban sin duda á quedar sin padre.

Don Juan, una vez dado ese paso, juzgóse el hombre más feliz del universo, y se abandonó á la alegría más bulliosa.

Desde entonces no dejó una sola noche de ir á casa de la gentil Lucila, cuyos hermosos ojos negros lo mareaban, llenándolo de placer.

¡Cuántos goces infinitos esperaba don Juan cuando aquella divina mujer le perteneciera sin traba de ninguna especie!

Sin embargo, no todo sale á la medida del deseo, y don Juan debía encontrar muchos escollos en su camino.

Pero antes de ir más lejos, es bueno pintar el físico de don Juan con cuatro rasgos de pluma.

Era bajo, rechoncho, de piernas cortas y arqueadas, el abdomen abultado; su cara, redonda y enteramente afeitada, en la que apenas se percibían dos ojos pequeños y sin brillo, parecía la de una de esas grotescas estatuas salidas de manos del aprendiz, á quien el cincel no obedece todavía; sus manos, inmensas y velludas, parecían capaces de desfondar un barril de un solo golpe.

Calvo, se teñía el escasísimo cabello

que tenía á uno y otro lado del cráneo, lu-
ciente como el marfil.

Los trajes de colores chillones eran
preferidos por él; en los bolsillos de su
chaleco llevaba siempre dos relojes, sos-
tenidos por una cadena de oro de enorme
peso y de extravagante gusto. En cada
una de sus manos ostentaba cuatro ó cin-
co anillos

Y con esto sobra.







III

DON PEDRO SOSPECHABA

Y á fé que sospechaba con razón, porque nada santas eran las relaciones que existían entre Lucila y Adolfo, desde tiempo atrás.

Las visitas del elegante á casa de la novia de su hermano eran como para escamarle, y más aún habiendo una circunstancia agravante, y tanto!..

Otro jóven, un tal Luis Solva, visitaba la casa con sobrada frecuencia.

Una noche que don Pedro sabía que ambos estaban dentro, tomó posesión del hueco de una puerta vecina para ver á

qué hora daban por terminada la visita los dos galantes. Pero el atribulado centinela tuvo que retirarse de su puesto á las dos de la mañana, muerto de sueño, después de haber apurado todo el vocabulario de ternos que poseía.

—Ciertos son los toros, dijo entre un bostezo, al meterse en cama; y se durmió como un justo, si es que los justos roncan.

Al dia siguiente muy de mañana metióse de rondón en el cuarto de su hermano y, sentándose junto á él, lo despertó con la alocución siguiente:

—Eres un animal! un idiota! te crees lleno de garbo, jóven, hermoso y capaz aún de inspirar el amor!.. Y mientras tanto, se burlan todos de tí, y te motejan, y se rien, y se preparan á gastar tu dinero, y....

Don Juan, asustado por semejante dis-

curso, que tan intempestivo parecía, acababa de dar un salto en la cama, y con ojos llenos de asombro seguía las desaforadas acciones de don Pedro, que con piés y manos acompañaba sus palabras.

—¡Te has vuelto loco! gritó el desgraciado novio, aprontándose para emprender precipitada fuga en el caso en que resultaran ciertos sus temores.

—No, no me he vuelto loco; pero he visto cosas que harían hablar á las mismas piedras, y estoy dispuesto á hacer que caiga la venda de tus ojos. Pagado de tí mismo, has creído que todos te admiran, cuando eres simplemente ridículo. Esa jóven que dice que te quiere no puede menos que reirse de tí, porque das risa, no me cansaré de repetirte que das risa. Pero te oculta su parecer.... y sus trapisondas para casarse con tu dinero...

—¡Trapisondas! ¡Ella trapisondas! gri-

tó don Juan apretando los puños y dirigiendo á su hermano una furibunda mirada.

—No te alteres. Anoche han permanecido con ella hasta muy tarde esos dos jóvenes, que — por otra parte—siempre están allí.

—¿Quieres hablar de Luis y Adolfo?

—Sí.

—Bien sabes que Adolfo es primo de Lucila, y que Luis es el prometido de Eloisa

—¿Y cómo te explicas tú que un primo y un prometido permanezcan con su prima y su prometida hasta después de las dos de la madrugada, y sin más testigos que las paredes de la casa que habitan?

Don Juan abrió los ojos, asombrado.

No podía creer que su hermano sospechara de ese modo de la gentil Lucila, en quien él había depositado toda su confianza.

—Conozco tu carácter exaltado y tu cariño hacia mí, dijo al cabo de un instante; de otra manera jamás te perdonaría lo que acabas de decirme.

Como don Juan era ciego, no trató ya don Pedro de hacerle ver lo que pasaba, contentándose con decirle:

—Yo te probaré lo que te digo; tú lo sabrás por experiencia, y entonces.... entonces serán los llantos y los reproches dirigidos á tí mismo por no haber escuchado mis palabras. Ya me darás noticias de ese pimpollito.... espinoso por demás.





IV

ESCENAS DOMÉSTICAS

Lucila acababa de salir de su casa.

Eloisa y Adolfo, sentados en el comedor, conversaban, bebiendo una copa de vino de Oporto.

—Dice Vd. unas cosas! murmuraba la hermosísima rubia, con los ojos brillantes y el cutis ligeramente sonrosado.

—Llenas de gracia, verdad? Qué quiere Vd., en bebiendo soy otro hombre, decía Adolfo, ligeramente achispado. Y, además, bien puede uno permitirse cier-

tas libertades, sobre todo cuando habla á una prima.

—Una prima! . . .

—¿No es Vd. hermana de mi adorada, de mi idolatrada Lucila? Pues siendo yo primo de ella, me parece que lo más probable es que lo sea de Vd. también. Y como somos primos, pues, es natural, enteramente natural, de una naturalidad inmensa, que reine entre nosotros cierta familiaridad no exagerada, pero agradable, que permita tratarse de tú, y ser amigos. . . .

—¡Claro!

—Y darse un abrazo de cuando en cuando, así. . . .

—¡Quite Vd!

—Uno solo. . . .

—Vaya por el uno, pero que sea el primero y el último.

—Oh! en cuanto á eso! . .

Y como para probar á la jóven la intención que tenía de seguir sus indicaciones, dióle uno, y otro, y otro, y estaría abrazando aún si no se hubiese presentado en escena otro jóven, que viendo el cuadro, gritó desde la puerta con acento alegre:

—¡Cazando en vedado!

—Jugamos á los primos: yo soy su primo, tú eres mi primo, ella es mi prima, nosotros somos nuestros primos. ¡Ja, ja, ja! exclamó Adolfo, en quien el vino comenzaba á ejercer una influencia marcadísima ya.

—Has bebido? preguntó Luis, pues él era el recién llegado.

—Un poco de Oporto, solamente.

—Bien se te conoce.

—¿Por qué no viniste anoche? preguntó Eloisa.

—Estuve hasta muy tarde jugando á la ruleta, contestó Luis en voz baja.

—¿Has ganado?

— Unos cuantos pesos.

— Entonces me darás algunos, porque estoy en la última miseria.

Luis echó la mano al bolsillo, y mientras Adolfo bebía su centésima copa de Oporto, sacó la cartera, separó algunos billetes de banco y los entregó á la hermosa rubia, que corrió á guardarlos en un *secretaire*.

— ¡Estoy encantado! exclamó Adolfo. ¡Estoy verdaderamente encantado! He ahí un ejemplo que debiera ser seguido por todos los que aspiran á que la moralidad no se vea nunca manchada ni por la más leve sombra: el marido... *de la main gauche*... entregando á su esposa el fruto de sus nobles afanes... ¡Oh! Luis! te admiro en tu sublime magnanimidad.

Y los tres al mismo tiempo lanzaron una carcajada.

— Hablemos de asuntos serios, dijo Luis. ¿Qué tal marchan las cosas? ¿No se ha presentado ninguna novedad? ¿No está aún arrepentido el viejo?

— Todo marcha á pedir de boca, contestó Eloisa. Mi hermana ha salido á hacer algunas compras, para arreglar dignamente su canastilla de bodas, y don Juan la acompaña.

— Hurra! exclamó Luis. Entonces la cosa está ya cercana!....

— Sí, anoche se señaló el quince de este mes para celebrar el casamiento. Estamos más próximos de la felicidad que lo que creíamos....

Adolfo, semitendido en un sillón, y bajo la influencia adormecedora del vinillo, casi aletargado, y, por lo tanto, ajeno á lo que á su alrededor pasaba, con los ojos entornados se entretenía en seguir en sus rápidos giros el vuelo de dos

ó tres moscas que ejecutaban en el aire extraños simulacros de combate, ya atacándose, ya huyendo, hasta que se abatían sobre el borde de alguna copa con el objeto de libar el precioso néctar que restauraba sus fuerzas y las ponía en situación de volver á sus variadísimos juegos....

Luis y Eloisa continuaron en voz baja su conversación, sin que temieran ser escuchados por Adolfo.

¿Qué proyectos se exponían los dos jóvenes?

Uno muy sencillo y que podría darles resultados espléndidos, como se verá después.

—Dílo á Lucila, terminó diciendo Luis. Ya sabes nuestro lema: "Uno por todos, todos por uno." Hasta ahora no hemos hecho más que favorecer sus planes; que ellos favorezcan los nuestros ahora.

PARÉNTESIS

De un acto incivil nos hemos hecho reos, no presentando al lector cuatro de los seis personajes que hasta ahora han tomado parte activa en este cuento; pero él habrá sabido imaginárselos, y si no lo ha hecho, con su pan se lo coma. A nosotros nos bastará con dar en este paréntesis algunos rasgos biográficos de ellos.

Lucila ignora aún dónde ha nacido. Llegó de Europa á Buenos Aires cuando contaba apenas tres años de edad. Muertos sus padres al poco tiempo, y fluctuando en la tierra, sola y sin amparo, pudo

llegar en un cuarto de siglo á tener una posición desahogada, gracias á su hermosura.

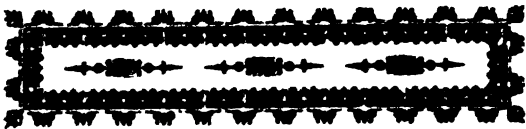
Eloisa. . . . decir algo acerca de ella no sería más que repetir las anteriores palabras.

Adolfo demostró desde pequeño una afición desordenada por el lujo, que sus padres no podían costearle; á los quince años debía ya á dos sastres, á cinco zapateros y á un fabricante de ropa blanca; á los diecisiete sus acreedores se habían cuadruplicado; á los veinte. . . . baste con decir que á los veinticinco sus deudas eran infinitas y que á los veintiseis comenzó á saldarlas, gracias á las numerosas casas de juego que, á pesar de todos los esfuerzos de la policía, existirán siempre en Buenos Aires. En la época en que le conocemos, él es quien sostiene á Lucila, como lo hace Luis con Eloisa.

Desconociendo enteramente el hábito del trabajo, sin haber abierto jamás un libro, apenas sabe escribir su nombre. Pero, por otra parte, para nada lo necesita, pues para acertar un *pleno*, un *semi-pleno*, un *cuadro* ó una *línea*, no es preciso haberse quemado las cejas leyendo la *Anagnosia* ó el *Libro Primario*, ni conocer siquiera multiplicar....

Luis fué en un tiempo un buen muchacho, pero las malas compañías lo empujaron primero á los billares, después á los tapetes verdes en que reinan el *truco* y el *siete y medio*, en seguida á los del *monte inglés*. Con esto el hombre estaba completo. Sufrió la oleada de la mala suerte, después la fortuna le sonrió, pero á pesar de todas las alternativas de miseria y riqueza por que pasó, nunca volvió á vérselo trajabando.

Cierra el paréntesis.



VI

“TANTO VA EL CÁNTARO AL AGUA . . .

Que al fin se rompe” decía don Juan, víctima de los ataques de don Pedro, que no descansaría hasta ver deshecho el matrimonio de su hermano, que él conceptuaba como la mayor de las desgracias que podrían sobrevenir á su familia. Y el cántaro se había roto; y la sospecha había nacido en el corazón del enamorado viejo, que empezaba á sentir ciertas comezones tan parecidas á los celos, que con ellos podían confundirse muy bien, tanto más cuanto que desde la mañana hasta la noche paseaba de arriba abajo

la calle en que se encontraba la casita de Lucila que, desde las cerradas persianas le veía pasar, con no poca risa, aunque no dejase de comprender la causa de ese espionaje continuado. Y lo mejor es que, no por eso dejaban de visitar á las dos mujeres Adolfo y Luis, que saludaban á don Juan con grandes demostraciones de aprecio y respeto, al pasar cerca de él.

Don Pedro, que quería tener ocasión de probar el engaño á su hermano, acompañábalo en las cotidianas visitas que hacía á la jóven, seguro de que alguna vez la encontraría en falta, por aquello de que al mejor cazador se le va la liebre. Pero la liebre no se iba, y á don Pedro le estaba aconteciendo algo inexplicable...

Sin embargo, una noche mantuvo con su hermano la conversación siguiente:

—Es preciso que pienses bien en los

resultados que puede traerte ese casamiento. Figúrate que Lucila te juegue sucio... á tus años ese sería un golpe mortal...

—Pero... ¡pero mis años... ¿me tomas acaso por un viejo? ¡Me parece que aún tengo fuerzas bastantes para vengar una ofensa cualquiera...

—¡Siempre haciéndote ilusiones!... Pero, dejando eso aparte, no sería malo que tentases una prueba... Ya sabes el refrán: "Antes que te cases, mira lo que haces."

—¿Qué prueba?

—Sospechas tengo de que Lucila quiere más á tus millones que á tu persona. Fíngete empobrecido: el golpe es ese. Si ella te acepta por interés tratará de que la boda no se lleve á cabo; si te ama verdaderamente... iremos á la iglesia y cuéntate entre los muertos... porque,

francamente, casarse á esa edad, es... es peligroso por lo menos. ¿Aceptas mi indicación?

Don Juan reflexionó, y con la voz temblorosa, pues no veía sin miedo la posibilidad de haber sido engañado,

—Sí! murmuró.

—Lo demás déjalo á mi cargo, dijo don Pedro. Yo tejeré la intriga.

Y salió de la habitación de su hermano, encontrándose en la puerta con un criado que llevaba una bandeja cargada de vajilla, cosa que no le llamó la atención, como no nos la llama á nosotros tampoco.

Y vamos adelante.





VII

DON PEDRO, SOLO

—Y la verdad es—decíase el bueno del militar aquella misma noche, paseándose á largos pasos por su cuarto—la verdad es que la rubilla no es maleja. Tiene una gracia natural... y luego parece tan buena, tan atenta, tan dulce... y la casualidad hace que siempre se siente á mi lado, y me mira de un modo con sus ojos azules!.. ¡Demonio! Cuando me mira así, siento correr fuego por mis venas y me turbo todo, á pesar de mis largas campa-

ñas, como un recluta. ¡Si fuera á enamorarme!...

Y ante esta idea interrumpía su paseo para reflexionar mejor en lo que haría en semejante emergencia.

— ¡No, imposible! A mis años se vive del recuerdo, cuando no se quiere ser ridículo como Juan. Pero veamos — y se acercaba al espejo — veamos los estragos que los años y las balas han producido en mi cuerpo. No, no estoy tan mal; cualquiera creería que soy mucho más joven; todavía puedo llamar la atención de alguna mujer. ¡Oh! Los militares somos muy afortunados!... Y luego la Eloisita no me mira con tan malos ojos... ¡Si pudiera conquistármela!... Eso sí, no me casaría, no cometería la atrocidad de casarme, cuando he sabido mantener hasta los cuarenta y cinco el honor de la bandera, cuando me encuentro tan bien en medio

de mi soledad, acariciando á mis sobrinitos, á quienes quiero más que su mismo padre. Amar me es posible todavía, pero eso de casarse!.... Por otra parte, pareceme que la niña no es de aquellas que se hacen mucho de rogar y.... ¿No te parece prudente, Pedro, el tentar la empresa? Figúrate que ella esté dispuesta á declararse vencida, figúrate.... Sí, eso es, desde mañana me pongo á la obra. No se dirá que un militar ha temblado... y un militar como yo, con cincuenta beridas más ó menos....

Y, acostándose, permaneció toda la noche combinando su plan de ataque....





VIII

LA PRUEBA

A la noche siguiente, mientras don Juan estaba con su hermano en casa de Lucila, fueron á avisarle que la casa suya estaba ardiendo....El pánico cundió entre los que formaban la tertulia, y el militar y don Juan salieron apresuradamente á ver lo que sucedía.

Eloisa, Lucila, Luis y Adolfo quedaron mirándose, como si temieran una desgracia próxima.

Luis fué quien rompió el silencio.

—Estamos demostrando aquí tanto susto como si se tratara de perder toda la

fortuna del viejo! exclamó. Una casa perdida no es mucho para él.

Con esto quedó restablecida la calma en el seno de aquella sociedad de aventureros, que continuaron conversando de asuntos de muy diversa naturaleza.

— Me dijiste hace poco que tenías un proyecto, dijo Lucila dirigiéndose á la que pasaba por su hermana. ¿Cuál es?

— En dos palabras te lo explicaré: tan poderoso es don Pedro como don Juan, y me parece que sería una suerte para mí el poder hacerle tragar el anzuelo, como lo hiciste tú con tu millonario. Para eso no se necesita más que un poco de tino y alguna audacia. Creo que el militar comienza á ocuparse de mí más que en un principio, y esto ya es camino adelantado. Para que mi casamiento con él se convierta en un hecho, no falta otra cosa que la

ocasión, y esa yo sabré encontrarla si me prometes tu decidido apoyo.

— ¡Bravo! exclamó Adolfo. La idea es magnífica.

— Pero difícil, agregó Lucila.

— No, dijo Luis, no es nada difícil. Todo pende de las circunstancias, y la casualidad puede ser ayudada.

En ese momento penetró en la habitación un criado portador de una carta para Lucila. Esta la leyó, y lanzando una carcajada la pasó á Adolfo, que después de haberla recorrido con la vista, echóse á reír también ruidosamente.

— El soborno comienza á dar excelentes frutos, dijo guardando la carta.

— Volviendo al asunto dejado, prosiguió Lucila, voy á añadir algo al parecer que expresé anteriormente. Dize que la cosa era difícil y agrego que no es impracticable. A pesar de lo que aparenta,

don Pedro conoce tanto del mundo como el que á los quince años ha sido encerrado en un claustro del que no ha vuelto á salir. Exteriormente es un hombre muy corrido, pero, aunque tiene cierta viveza natural, puede caer en un lazo bien tendido. Para eso no necesitas de nuestra ayuda. Son cosas en que una mujer puede manejarse sola; sin embargo, todos haremos lo posible para que la empresa se lleve á efecto.

A la noche siguiente, Lucila, sentada en el salón de su casa, hallábase sola y pensativa.

Habíase ataviado con suma elegancia, eligiendo un traje que hiciera resaltar bien la belleza de sus formas de Venus.

Parecía esperar.

De pronto, con el semblante enrojecido y respirando fuerte, presentóse don Juan, que arrojando su sombrero en un

billón, se acercó á la hermosa mujer, que le recibió con estas palabras :

— ¡Al fin llega Vd!.. ¿Le parece razonable tenerme en esta incertidumbre, sin decirme nada, haciéndome temer por *nuestros* queridos niños—y recalcó la palabra—y enviándome solo esta mañana un lacónico billete en que decía que estuviese tranquila? ¿Le parece á Vd. ese el comportamiento de un hombre que ama hácia la mujer que tanto le quiere ?

Todo turbado, don Juan no acertó á decir otra cosa que :

— ¡Lucila querida! .

— ¿Y no me pide Vd. perdón? preguntó ella con acento cariñoso.

— ¡Oh! ¡Con toda mi alma!

— Ya está perdido; ahora lo que falta es que se le conceda. Siéntase Vd. aquí, á mi lado, y hablemos. Así. Ahora bien ¿por qué no me ha dado detalles sobre

ese incendio? He esperado ansiosa todo el día...

Él, turbado, no encontrando las palabras, que se le enredaban en la lengua, tartamudeó:

—Tan malas eran las noticias... que... verdaderamente... yo... era imposible... nunca...

Y su garganta se negó á producir un solo sonido.

Lucila, con el rostro convulsionado, tomóle la mano y exclamó con acento desesperado:

—Hable Vd! Isabel? Arturo? ¡Concluya Vd., por Dios!... Estoy en una ansiedad inmensa! ¿Los niños?...

—Ah, no, no!... Por suerte... Sin embargo... mis papeles... el fuego ..

Y el infeliz no encontraba manera de decirlo todo.

—¿Algo importante? preguntó Lucila.

—¡Oh! y tan importantel... Mis rentas...

—Sus rentas de Vd?

—¡Las he perdido!... Acababa de vender la mayor parte de mis casas... Compré cédulas hipotecarias, acciones de diversos bancos... papeles, papeles que se queman!... Y esos se han quemado.

—Es una desgracia, una gran desgracia, murmuró la joven.

El, sacando fuerzas de flaqueza y levantándose de su asiento, con voz temblorosa y compungido solloso, casi arrodillado ante ella:

—Y por lo tanto, Lucila, hoy que no tengo que ofrecer á Vd. más que una vida de privaciones y padecimientos, vengo á despedirme con las lágrimas en los ojos.

Ella dió un salto, como una leona herida, y gritó:

—¡Despedirse!

—Y para siempre! gimió don Juan.

—Qué quiere Vd. decir? ¿Está Vd. loco?

—No, por desdicha. Si lo estuviese no haría lo que hago. Así pues, Lucila, adios. No quiero hacer de Vd. una mujer desgraciada.

Cada palabra costaba al buen hombre un esfuerzo sobrehumano.

— Desgraciada! desgraciada! dijo Lucila apretando los dientes y paseándose febril por el salón. ¡Esa es la palabra! ¡Eso es lo que saben decir Vds., hombres sin corazón, llenos de pasiones mentidas!... Pero ya lo soy.... desgraciada!.... Lo soy desde el momento en que veo que ese amor tan grande, tan grande, no es más que una execrable mentira!... Y lo seré más desde ahora, en mi soledad, pensando en el hombre á quien he dado mi al-

ma y que la ha despreciado!... Oh! si Vd. me ama verdaderamente no me abandone!.... Pero qué!.... si su amor es una sangrienta burla hecha para despedazarme el corazón, si Vd. solo ha querido reirse de esta pobre mujer, si Vd., como la mayoría de los hombres, no es más que un ser de entrañas de piedras, lleno de egoismo y de indelicadeza.... Venir á decirme: "Soy pobre y por lo tanto no puedo ser amado por Vd" — porque ese es el sentido de sus palabras—es el insulto más espantoso que se me pudiera inferir, el sarcasmo más ofensivo y más cruel!.... ¿Vd. no es rico? Pues bien, yo no lo soy tampoco. Unámonos. Esos dos ángeles que viven desamparados, sin madre, encontrarán en mí una amiga abnegada, y Vd., á su vez, una esposa tierna y amante!....

Y esto lo decía nerviosamente, como

dominada por mil encontradísimas pasiones.

Don Juan, sin hallar donde meter baza, tal era el flujo de palabras de Lucila, habíase acercado á ella y permanecía silencioso, haciendo pucheros, y enjugándose los ojos llenos de lágrimas. Por fin, cuando ella se dió un descanso dijo:

— Oh! Lucila, Lucila! Deja que bese tus manos, criatura admirable! te amo, te adoro! Pero repite, repite que me quieres, á pesar de todo. . . . No me cansaré de escucharte.

— Sí, te quiero, murmuró ella dulcemente y tan quedo que casi era imposible oirla. Y escucha, aquí á mi lado—dijo en voz más baja aún, y haciéndolo sentar junto á ella.—Me alegro ¿oyes? me alegro que hayas perdido tu riqueza. Ahora soy más feliz, porque el mundo no podrá murmurar, no podrá decir que me caso con-

tigo por tu dinero.... Escucha: aunque quedas pobre, no vamos á renunciar á dar una educación brillante á tus.... á *nuestros* hijos. Mira, esta casa es mía, mía solamente; la venderemos, y eso nos dará lo bastante para llevar á cabo nuestros planes respecto á esas queridas criaturas. Después.... nosotros trabajaremos y hemos de ganar lo bastante para pasar la vida con holgura.

— Oh! eres un ángel de bondad, gritó don Juan recuperando el uso de la palabra y cayendo de rodillas. Y yo ¡necio! que me dejé llevar por las palabras de mi hermano.... yo que creí.... Ah, Lucila, perdón, perdón!....

— ¿Perdón? ¿Y de qué?

— Soy un infame, Lucila, un infame, un vil, un degradado, un.... ¡qué sé yo!.... ¡No estoy pobre! Mis rentas permanecen intactas. El incendio ha sido una

farsa inventada por mi hermano. Soy rico, inmensamente rico, y te pido perdón.... ¡oh! perdóname; no te conocía, ignoraba que fueses un tesoro!.... ¡Soy un hombre ruin, un desgraciado!....

Y aquí sucedió algo digno de ser puesto en alguna comedia de Goldoni.

Ella, con gesto esquivo, apartábase de él, caminando hacia atrás, mientras el desdichado, siempre de rodillas y agitando los brazos desafortadamente, trataba de acortar la distancia que los separaba.

— Oh! no me mires así! murmuraba el infeliz millonario. No me mires así, por Dios te lo pido!... Perdona, perdóname.

— ¡Es Vd. un mónstruo!

— Sí, un mónstruo, pero un mónstruo que te ama, que te adora, que se arrepiente, que lo hará todo por obtener tu perdón.

En esto Lucila había llegado ya á la

pared, y don Juan seguía aún adelantando sobre sus doloridas rodillas.

— Levántese Vd., caballero, dijo la jóven con tono enérgico. No se obtiene mi perdón, cuando se ha obrado como una víbora, arrastrándose como ella.

— Oh! no me levantaré, permaneceré aquí hasta que muera si no me perdonas! ó bien, sí... me levantaré, pero será para ir á buscar la muerte.

Y el bueno del millonario se alzó del suelo, sacudió con furor sus pantalones, llenos de tierra, y tomando su sombrero preparóse á salir.

Lucila no pudo reprimir una exclamación de espanto.

— Adiós!... Adiós para siempre! gimió don Juan.

Y había ya traspuesto el umbral cuando la jóven se lanzó hácia él como una loca y, colgándose á su cuello :

— Oh! no! Quédate! quédate! Yo te amo! gritó.

¿No está enteramente demás decir que don Juan vió el cielo abierto?

Pero la verdad es que no quería creer en tanta dicha.

En su alegría no encontraba cómo demostrar su agradecimiento hácia la hermosa mujer que de una manera tan palpable le había probado su amor noble y puro....





IX

LA CARTA

Entre tanto, en la otra habitación de la casa de Lucila, Adolfo y Luis conversaban tranquilamente, fumando y bebiendo como de costumbre, é ignorantes de lo que estaba ocurriendo.

— Aquella carta que escribió Lucila anoche y que causó á ambos tanto efecto ¿qué decía? preguntaba Luis.

— Algo muy importante.

— ¿Y secreto?

— Hasta cierto punto. Ya sabes que no debemos ocultarnos nada.

— Es verdad.

— Así, pues, toma. Puedes leerla. Y alcanzó la carta á Luis, que al acabar su lectura se echó á reir ruidosamente.

— Y ¿de quién es esta carta?

— Del *fiel* servidor de don Juan, el que soborné hace dias; ya ha comenzado á sernos útil y en grande.

— Ja, ja! “Irá á decir que el incendio, “que ha sido una farsa, lo deja pobre!” ¡Y cómo van á quedar los dos infelices cuando vean por tierra todos sus planes. Porque supongo que Lucila conoce el proyecto....

— ¡Vaya si lo conoce! Quizás ahora mismo está representando su papel.

Luis, entre tanto, habíase echado al bolsillo con disimulo la carta del criado.

—De modo que, dijo, sin la precaución de sobornar al criado no nos reiríamos de ese modo ahora.

—Sí, pero sabiendo que teníamos en

don Pedro un enemigo y no de los más fáciles de vencer, porque machaca y machaca hasta llegar al fin que se propone, nos dijimos, como tú ya sabes. "Conociendo las maniobras del ejército contrario y sus planes de ataque, nos será más fácil la defensa."

Al cabo de un instante de silencio, en que parecía dudar, agregó:

—Mira, Luis, voy á serte franco. No lo he sido hasta hoy y no lo sería quizás con otra persona; pero como Eloisa y Lucila son una potencia, quiero que tú y yo seamos otra bastante poderosa para contrarrestar sus planes si alguna vez no son ellos propicios á nosotros. He aquí el negocio: Eloisa y Lucila, mujeres de aventura, hijas de la casualidad, buscadoras de oro en las minas del bolsillo ajeno, *brigantes* hembras que buscan el amparo de la justicia, cometiendo todos

los crímenes permitidos por las leyes, están á punto de alcanzar el premio de sus afanes y ser las usufructuarias de una fortuna colosal. Nosotros dos, hombres de aventura también, bohemios hasta más allá del sentido de la palabra, que buscamos el oro, no en el bolsillo de los demás, sino sobre los tapetes verdes, debemos oponer la astucia á la astucia. ¿Quién te dice que mañana, habiendo conseguido su objeto no se reirán las dos mujeres de nosotros? Te he visto trabajando bajo el aspecto de amante sumiso de Eloisa y me dije para mí: "Vamos los dos por el mismo camino, nuestros codos se tocan, y aunque yo le veo, él no alcanza á verme..."

—En lo que te equivocabas de medio á medio. Te veía tan bien como té veo ahora.

—Lo que quiere decir que hemos an-

dato acordés sin tener que ponernos de acuerdo; eso simplifica la cuestión y ahora creo que sabrás mi proyecto.

—Poco más ó menos...

—Por lo tanto, comprenderás también lo necesario que nos es formar una alianza ofensiva y defensiva para no quedar á la luna de Valencia.

—Tanto más cuanto que los frutos del negocio son para ambos harto dudosos todavía. Lucila y Eloisa nos aceptan hoy porque tienen necesidad de protectores, pero mañana, es decir, cuando Lucila se case, nos enviarán á paseo.

—¿Eso crees? preguntó Adolf.

—Estoy convencido.

—¿Y no encuentras un medio de que las dos estén en tu poder?

—Ninguno, dijo Luis sonriéndose irónicamente.

—Tonto, ¿no tienes cartas de Eloisa?

—Sí, pero como en nada comprometen á Lucila, que es la futura dueña de los millones de don Juan...

—¡Pero yo tengo esas cartas de Lucila! ¡Pero ella está en mi poder! Me hizo jurar que las quemaría, pero yo soy práctico y pensé que alguna vez podrían servirme, y las conservo.

—¿Todas?

—De la primera á la última.

—Hasta aquellas que eran....

—Algo libres, sí. Y otras que hablan de don Juan, no muy elogiosamente. Y luego la del criado, que...

—Perdón, esa la tengo yo en mi bolsillo.

— ¡Cómo!

— Me crees muy poco despierto, á decir verdad. ¿Crees que voy á permanecer extraño á esa buena fortuna que me viene del cielo? Alianza ofensiva y defensiva, dijiste: pero yo, aliado que no se entrega

así como así, quiero tener rehenes. Y esta carta me los proporciona.... Podrías jugarme sucio, y teniendo yo esta miserable hoja de papel, no lo puedes.

— ¡Pero eso es indigno! ¡Sospechar de ese modo!....

— Sería indigno de mí no sospechar cuando tengo tanta razón de conocerte, é indigno de tí no ser sospechoso para tus compañeros, cuando tantas pruebas de truhanería les has dado.

— Pero, esa carta....

— Permanecerá en mi poder durante toda la vida, si así lo juzgo necesario; pero no te disgustes por tal cosa: uso de armas de buena ley entre nosotros.

Y salió de la habitación mientras Adolfo murmuraba en voz baja con acento compungido :

— ¡Y yo que pensaba hacer la parte del león!



X

¿Y QUÉ SUCEDIÓ DESPUÉS?

Lo que tenía que suceder, ni más ni menos.

Convencido el millonario de que Lucila le amaba con locura, esperó con impaciencia el día, ó más bien la noche de la boda. Y en aquella circunstancia no hubo ángel salvador, ni benéfica casualidad, ni venganza de ningún ofendido por la bella mujer, ni carta anónima, ni nada. Todo pasó como acontece en el más vulgar de los mundos conocidos y por conocer, sin golpes teatrales, sin remordimientos de conciencia. . . .

Al decir el *sí* Lucila no tembló, ni se desplomaron sobre ella las paredes del templo, ni hizo uso de la palabra la imagen de Cristo que se alzaba en el altar. . .

Esto es verdaderamente desconsolador, y nosotros nos sentimos entristecidos por esa carencia de escenas de efecto.

Pero sí, estamos equivocados, sucedió algo, lleno de interés.

Don Pedro, que había dado mil vueltas en su cabeza á la idea de que Eloisa era más hermosa que lo regular, atreviése al volver al carruaje á dirigirle la palabra con acento enamorado; ella, complacidamente, le escuchó; pero cuando supo de lo que se trataba, cuando comprendió que el militar no quería tener trato ninguno con los sacerdotes, su enojo no conoció límites: se enojó, lloró, increpó duramente á su galan y, por fin, hecha una mar de lágrimas, descendió corriendo en su casa y, encer-

rándose en su habitación, no volvió á mostrarse á nadie durante toda aquella noche, con lo que consiguió enamorar aún más á don Pedro, que, olvidándose de todas sus anteriores prevenciones, comenzó á mirar la coyunda de flores de himeneo con menos horror que al principio.

Demás está decir que pidió perdón á Eloisa y que ésta se lo concedió en el momento en que supo que, á cambio de él, tendría el nombre...y el dinero del militar...

Se casaron y Adolfo y Luis, asíduos visitantes de la casa, no tuvieron nunca motivos de enojo con ellos, ni con ellas, que es lo que sucede todos los días.

Don Juan creyó siempre que Lucila era un ángel, y, en cuanto á don Pedro, fué convenciéndose poco á poco de que en Eloisa había hecho una adquisición de aquellas que no se pagan con todo los tesoros del mundo....

Un día que Adolfo y Luis conversaban de los hechos referidos, ocurrióseles hacer el relato de ellos y enviárselo á don Juan, para ver efecto que esto causaba, pues ya habían dado rumbo distinto á sus maquinaciones, cansados de explotar una mina ya casi exhausta, por otra parte.

Escribiéronlo con puntos y comas y lo enviaron á su destino.

El millonario lo leyó atentamente, en compañía del militar, y riéndose, sin creer ninguno de los dos en lo sucedido, lo guardaron, hasta que llegó á nosotros por intermedio de una persona que había escrito en la cubierta del cuaderno estas palabras llenas de verdad :

“Dice el viejo adagio: *Antes que te cases mira lo que haces.*”

“Pero otro no menos viejo complementa la frase, diciendo con mucha razón: *Quien más mira menos ve*”.



CARMEN





I

— dijo Jacobo, el hábil narrador, — la mujer que quiere es capaz de todo en ciertos casos, y una prueba de ello sería una historia de mis tiempos de bohemio.

— Cuéntala, dijo Luis.

— Es una historia de invierno que siento mal en una noche como esta, en que la atmósfera parece incendiada. Después, me fastidia recordar aquellos tiempos en que la miseria me contaba entre sus hijos, y cuando lo hago me parece que voy á pasar de nuevo por aquellos largos dias sin pan, en que todo era amargura.

— Con ese preámbulo has avivado nuestra curiosidad y debes satisfacerla, exclamó Pedro. Cuenta esa historia y no te hagas de rogar; es el deseo de todos.

— Pues bien, la contaré, pero si alguno se duerme no será mía la culpa.

— Nadie dormirá, contestó Luis.

En los alrededores todo era silencio; no se oía más rumor que el producido por los árboles al ser agitados por la brisa, y el de la fuente que lanzaba hasta el cielo una columna de agua que caía luego convertida en finísima lluvia: esa monótona cadencia acompañaba las palabras del jóven, que habló durante largo rato, hasta que la luna que acababa de aparecer en el horizonte trasmontó los altos árboles que rodeaban el espléndido jardín.

Estas fueron sus palabras:

II

— No quiero relatar cómo ni cuándo la conocí. Baste decir que era hermosísima y que pasaron muchos meses sin que yo tuviese queja de ella, pues hacía gala de la bondad y de la docilidad más grandes.

¿Su retrato? Era alta, esbelta, rica de formas, espléndida en los contornos, es que la línea curva reinaba como absoluta soberana. Sus ojos y sus cabellos eran de un negro azulado y brillante, color que no he vuelto á ver en los cabellos ni en los ojos de las mujeres que he amado después. No sé si era perfecta ó no, pero, á la verdad, yo la veía tan bella como una Venus y tan perfecta que no podía haber más en lo humano ni en lo divino.

A pesar de nuestra inmensa pobreza, soportábamos alegremente toda clase de

privaciones, arrojándonos con desenfreno en brazos del amor, que nos proporcionaba innúmeros placeres. Pero esto no podía durar así; alguna nube debía empañar la transparencia de ese cielo azul, porque tal lo considerábamos nosotros, ajenos á todo cuanto pasaba á nuestro alrededor, sin más ocupación que la de contemplarnos y dejar á la suerte el cuidado de allanar las dificultades de la vida.

Esto no podía durar y no duró: caí en el lecho, presa de una terrible enfermedad y ya á dos dedos del sepulcro....

Ella no se apartaba de mi lado, pero sus cuidados tiernísimos no bastaban para salvarme.

Aquello era terrible.

Hoy, que lo recuerdo en medio de la opulencia, no puedo menos que estremecerme: porque nadie sabrá jamás todo lo que he sufrido en esos días!

¡Hasta hubo algunos en que nos faltó el alimento necesario!

III

Pálido, enflaquecido, con la lividez de un cadáver, yacía en mi lecho, viendo la muerte que se acercaba á grandes pasos, sin poder apartarla de mí, lleno de miseria, sin atreverme á llamar el médico, que no cobraría sus honorarios. . . .

Hacía dos horas que no pronunciaba una palabra; miraba sí á la hermosa Carmen con mis ojos hundidos y rodeados por un círculo azul, que debían lanzar fosforescencias siniestras.

Ella me había tomado la mano húmeda y fría y me miraba con no disimulada tristeza, porque se había acostumbrado á no ocultarme sus sentimientos.

En el cuartujo infecto y miserable, asi-

lo de nuestro amor durante largos meses, apenas penetraba la luz cenicienta de aquel día de invierno encapotado y triste. El fulgor amarillo de una vela de sebo con el pábilo largo y carbonizado, colocada en una botella, mantenía colosal combate con el que penetraba por los resquicios de la puerta y por los vidrios empañados de la ventana, sin que se pudiera saber quién de ambos quedaría vencedor.

Y aquel albergue, ahora inhospitalario, en que silbaba el viento como una queja infinita, había sido el palacio portentoso del amor, en que no faltaban joyas, siendo tantas las bellezas de mi amada y en que se dejaba oír una música más dulce que todas las músicas: el murmullo de los besos, largos, interminables, signo de la fusión de nuestras dos almas, de nuestros dos cuerpos, en la caricia mágica que ha-

ce olvidar las penas de la vida y remontarse al cielo en alas del sublime deleite.

Oh! yo recordaba en confusión indescriptible esas horas divinas que tan cortas habían sido, comparábalas con las penalidades de mi vida de entonces, tan llena de dolores, en que veía á Carmen mística y desolada, en que sentía apagarse por instantes mi existencia y huir para siempre el ángel risueño de la felicidad, sin poder darle el adios supremo, y en mi pecho oprimido rodaba un sollozo mudo é interminable.

Mis ojos causaban pavor á Carmen; lo comprendí en la manera como me miraba: debían centellear, debía haber en ellos algo de horrible, algo que la hiciese estremecer.

Yo veía todo, sin darme cuenta de ello; en mi cerebro reinaba el caos; el hambre

me roía las entrañas y la debilidad más espantosa me tenía preso en el lecho.

De pronto traté de erguirme y de mis labios secos brotó una frase.

Aseguro que no tuve conciencia de lo que decía.

— Tengo frío! tengo hambre! murmuré.

¡Frío! ¿Había allí acaso alguna prenda de vestir que no se ocupara de calentar mis ateridos miembros? ¿Ella, Carmen, no tiritaba en la helada habitación, sin que una queja se exhalara de sus labios, porque sabía que era imposible—¡imposible! —sustraerme al hambre y al frío!

¡Oh! Claro es que lo había dicho en un instante de delirio; no debía, no podía quejarme cuando no obtenía más resultado que aumentar la desesperación de mi amada, cuando no hacía más que herirla cruelmente!... Oh vida miserable!

— Tengo frío! repetí.
¡Hay en el mundo abismos!

IV

Carmen acababa de salir.

No le pregunté adónde se dirigía durante ese helado crepúsculo de invierno, ni á quién iba á acudir solicitando apoyo, pues para eso, sin duda, me abandonaba en nuestra miserable habitación.

Me encontraba en tal estado, que ni siquiera me dí cuenta de que había salido.

Permanecí largas horas solo, revolviéndome en mi lecho, donde no podía desentumecer mis miembros, doloridos de frío.

Era ya muy tarde—las sombras de la noche reinaban pavorosamente en torno mío—y yo permanecía aún en la soledad más completa.

De pronto creí despertar del letargo

que me hacía ver visiones espantosas, y mirando á mi alrededor con los ojos abiertos inmensamente, me apercibí de que estaba solo, sentí algo como un vago terror y recordé que Carmen había salido un momento después de oír mi exclamación.

Pero esta lucidez duró un segundo; mi cabeza cayó sobre la almohada y solo con suma vaguedad oía esos mil ruidos que hacen que uno comprenda que está aún en el mundo, cuando la enfermedad produce algún desequilibrio en sus facultades.

Afuera, el viento redoblaba su furia, silbando, rugiendo casi; la vela se había consumido y sólo la luz fosforescente de los relámpagos alumbraba con intermitencias la habitación; gruesas gotas de lluvia comenzaban á hacer resonar el techo con extraño ruido. . .

Así fueron pasando los minutos, las horas.

Al amanecer torrentes de agua caían del cielo encapotado y sombrío, con fragor espantoso; aquello parecía un derumbe de la bóveda celeste.

Entonces apareció Carmen, empapada, jadeante y pálida como una muerta.

Pero no volvía sola: junto á ella caminaba un hombre que se acercó á mi lecho y me observó atentamente durante largo rato, haciéndole varias preguntas sobre mi enfermedad á Carmen, que tiritaba cerca de él.

No supe entonces cómo fué, pero desde aquella mañana no me faltaron ni alimentos, ni ropas, ni las medicinas necesarias, y el facultativo volvió todos los días á verme, hasta que poco á poco fui recobrando la salud...

Pero con ella me vinieron siniestros pensamientos, dudas inmensas.

No estaba ya, como antes, seguro del

cariño de Carmen, aunque ésta no hubiese cambiado de modo de ser para conmigo.

El gusano roía ya el interior de la fruta.

V

Un día el volcán estalló.

Quise saber de dónde había sacado el dinero necesario para que la muerte no hiciese presa de mí.

Lo pedí, lo ordené, y en mi furor, llegué hasta amenazar á Carmen, que se puso aún más pálida de lo que estaba en aquellos días de miseria, en que me revolcaba en el lecho, en medio de los dolores más atroces.

Aún me estremezco al recordarlo.

— Ah! quieres saberlo? — dijo en un torrente de palabras — ¿exiges de mí la confesión de ese secreto? En la culpa llevarás el castigo; porque has de arrepen-

tirte de lo que haces; has de arrepentirte, pero ya no será tiempo. ¡A buena hora quieres saber lo que hice en aquella noche aciaga, después de haber aprovechado lo que ella me proporcionó, después de haber recibido la salud que el vicio te ofrecía!

—¡Acaba! grité tomándola de un brazo.

— ¿Sabes? Salí á la calle desesperada viéndote morir, y dispuesta á todo ¿entiendes? á todo por salvarte. Un hombre... un hombre me había prometido inmensas riquezas por un instante de placer.... Corrí á su casa y no le hallé... pero permanecí á la puerta, bajo la lluvia y tiritando de frío hasta muy tarde... Me dijeron que él volvería, no sé de dónde... Cuando se acercaba me vió, pero no pudo reconocerme.... ¡ah! entonces le llamé... ¡era horrible lo que me pasaba! ¡pero tú te morías!.... Después, cuando amaneció,

salí llorando de vergüenza, pero alegre, porque te llevaba la salud... Esto es todo.

— ¡Miserable! murmuré mirándola con repugnancia.

— Perdón! gimió desesperada.

Yo salí tranquilo de aquella casa.

Nada me restaba que hacer allí.

VI

— ¿Y la abandonaste? preguntó Pedro, viendo que Jacobo permanecía en silencio.

— ¡Para siempre! Aunque no era más que mi querida, me había sido infiel, y eso yo nunca lo perdono.

— Dices bien, añadió Luis sarcásticamente, tienes razón. Arrostró el deshonor completo por salvarte y tú — como caballero, como hombre agradecido — debías castigar á la infiel separándote de

ella, pero premiar á la mujer abnegada que á tanta costa supo arrancarte de los brazos de la muerte. Supongo que eso lo habrás hecho.

— Sí, contestó Jacobo.

— ¿De qué manera?

— Todos los meses le envió una suma bastante crecida.

— Es demasiado, murmuró el joven: con un poco de cariño bastaría!

